

EL DESPERTAR
DEL LOBO

LOLA P. NIEVA

zafiro♥

Índice

Portada
Índice
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Los tres nombres del lobo
Biografía
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector,

Si ya has leído mi anterior novela, *Los tres nombres del lobo*, si has aullado con ella y deseas seguir haciéndolo, te adelanto que vas a sumergirte en una nueva aventura de la mano de sus protagonistas. *El despertar del lobo* es una secuela que pretende morder tu alma y anticiparte lo que está por venir.

Me pedíais saber más de ellos, y por vosotros... y por mí misma, he despertado al lobo.

La aventura de Gunnar y Freya continúa.... Y continuará...

Y si todavía no has leído *Los tres nombres a lobo* te invito a que le eches un vistazo al [primer capítulo](#).

Capítulo 1

El viento soplaba con fuerza, sacudiendo violentamente las contraventanas de madera de cedro y produciendo un golpeteo rítmico que, sumado al afilado silbido del viento, hizo que me arrebujara bajo el mullido nórdico que me cubría.

Sonreí satisfecha, pues, apenas unas horas antes, un nórdico, no tan mullido, había desgastado mi cuerpo con un placer agónico que parecía no tener fin.

Ya no sólo gozaba de sus caricias, de sus miradas, de sus palabras, de su presencia, gozaba del aura de su alma, de esa cálida e intensa conexión que nos unía con fuerza arrolladora. No importaba el tiempo que estuviéramos juntos, las veces que nos amáramos, la felicidad compartida; aun así, nuestro anhelo permanecía desesperado y hambriento.

El dolor y la desolación por nuestra abrupta separación habían marcado a fuego nuestros corazones con un temor difícilmente olvidable. De ese modo, vivíamos cada minuto con pasión e intensidad abrumadora, concedores de los caprichos del destino.

Había transcurrido algo más de un año desde nuestro reencuentro y cada instante a su lado era un regalo divino que agradecía casi de manera incesante.

Hoy se celebraba nuestro primer aniversario de boda.

Al pie de un hermoso acantilado, escarpado, verde e impresionante, sobre el fiordo que se había convertido en nuestro hogar, volvimos a unir nuestras vidas, pronunciando unos votos con la voz del corazón y la fuerza del alma, frente a un clérigo al que ni miramos, y frente a un escaso público que casi ni percibimos. Gunnar y yo, yo y Gunnar, eso era suficiente para ambos.

Todavía sentía en mi piel la mirada de aquellos hermosos ojos verdes, cargados de un amor tan profundo como aquel fiordo, que presenciaba un rito tan añejo como los tiempos: la fusión de dos almas predestinadas, vapuleadas y recompensadas.

Ambos íbamos vestidos con ropa informal; eso sí, blanca, como las páginas que deseábamos escribir en nuestra nueva vida juntos.

Mi gallardo vikingo cortaba el aliento aquel día. Su cabello rubio oscuro sujeto en una coleta baja dejaba bien a la vista sus marcadas facciones, la masculinidad de su pronunciado mentón, su amplia boca, definida, de labios delgados, su nariz recta y sus altos pómulos. Y aquellas gemas verdes, alargadas y brillantes que refulgían dichosas bajo la luz de un sol adormecido.

Recordé vívidamente el beso ansioso y brutal con el que sellamos nuestro vínculo. Cómo su lengua desesperada buscaba la mía, con la misma hambre del primer día, cuando yo era su esclava en aquel tiempo tan lejano y tan cercano a la vez. Ahora sabía que, en realidad, ambos fuimos esclavos de un destino incierto y de un amor

imborrable.

—Un año, amor mío, el primero de tantos.

Su voz, grave y susurrada, aún quebrada por el sueño, despertó cada fibra de mi ser. Ya volvía la cabeza hacia él cuando se abalanzó sobre mí y, cubriéndome con su cuerpo, me inmovilizó, pegando su rostro al mío, nariz con nariz, con las miradas entrelazadas, en silencio, mientras nuestros ojos conversaban.

Entreabrí los labios y me los humedecí, plenamente consciente de la atención que aquel gesto provocaba.

—Eres una inconsciente —ronroneó.

—¿Tú crees?

—Ajá, no es muy sensato tentar a un león hambriento.

Los largos mechones de su cabello ocultaban parcialmente su rostro, pero el ojo felino que asomaba brillaba maliciosamente seductor.

—Recuerda que yo también tengo dientes —murmuré provocadora.

Gunnar esbozó una media sonrisa pícara y sacudió la cabeza, agitando su cabello.

—Aaaarrrggggg... —gruñó—; estoy más que preparado para la pelea, loba mía.

Reí y le enseñé divertida los dientes. Gunnar atrapó mis muñecas por encima de mi cabeza, hundiéndolas en la almohada, y presionó sus caderas sobre mi vientre; advertí al instante que no fanfarroneaba.

—Sin duda tienes el coraje de un guerrero —musité divertida— y la vitalidad de un dios. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!, no puedo creer que te queden fuerzas, anoche batimos todos los récords.

Gunnar negó con la cabeza con vehemencia, con una amplia sonrisa jugueteando en sus tentadores labios.

—Anoche —hizo una pausa intencionada mientras hundía su nariz en mi cuello— fue anoche; acaba de amanecer, con lo que ya es otro día, y sí, soy un guerrero, con la suerte de un dios, pero en realidad sólo soy un pobre y necesitado hombre enamorado.

Su aliento cálido acarició mi piel. Suspiré.

Irguió de nuevo la cabeza para mirarme. Su intensidad me secó la garganta.

Durante un largo instante, mis ojos quedaron atrapados en los suyos, como presos de un hechizo que detenía el tiempo, que nos alejaba del mundo. Sentí cómo mis latidos cambiaban bruscamente de ritmo, acelerados y desacompañados.

—Gunnar —gemí suplicante.

Su mirada se prendó en mi boca, una chispa de puro deseo la encendió y entreabrí los labios desesperada por recibir su primer asalto.

—¡Loba! —gruñó ardiente.

Su boca se cernió hambrienta y furiosa sobre la mía. La invasión fue brusca, dura, desesperada. Su lengua sedosa y dominante paladeó cada recoveco de mi boca. Lamía, succionaba, mordía, arrancándome gemidos sofocados.

Sus manos trémulas e inquietas se deslizaron hasta mis pechos desnudos, amasándolos con hosquedad, mientras su cadera danzaba sobre mí, frotando su dureza cálida y palpitante.

Llevé mis manos liberadas hacia la cinturilla elástica de su pantalón de pijama y las infiltré bajo la tela. Apreté, extasiada, sus duros glúteos, hundiendo apenas mis uñas

en su piel. Gunnar liberó un largo gruñido al tiempo que arqueaba su espalda. Se medio incorporó apoyado en las palmas de sus manos. Admiré la musculosa complexión de su pecho, la pronunciada curvatura de sus poderosos hombros, las delineadas formas de sus bíceps en tensión, sus vastos antebrazos venosos, la dureza remarcada de su vientre y el orgulloso mástil de su deseo abultando la bragueta de su pijama.

Gunnar solía dormir con el torso desnudo y un fino pantalón de algodón, sin ropa interior. Resultaba imposible no seguirlo con la mirada cuando deambulaba por la casa de esa guisa. Era el hombre más condenadamente sexi que existía sobre la faz de la tierra, con ese atractivo salvaje y natural que exhibía con elegante indolencia, desconocedor de su propio magnetismo animal. No había mujer que resistiera el impulso de volverse a mirarlo, pero, por fortuna, mi hermoso vikingo sólo tenía ojos para mí.

Tiré con fuerza del pantalón, liberando su majestuosa exigencia, altiva y pesada, que basculó apuntando directamente su objetivo. Sonreí libidinosa, el deseo me consumía.

Gunnar se colocó entre mis piernas; una densa humedad emergió anticipando la incursión. Acaricié sus abultados hombros, sostuve su ígnea mirada y con total premeditación alcé la cadera en muda invitación.

Sin embargo, él permanecía estático, erguido sobre mí, con los brazos tensos, sus ojos devorando mi rostro con una extraña expresión extasiada.

—Adoro saborear cada uno de tus gestos, esas chispas que despiden tus hermosos ojos dorados, la sutil tensión de tu rostro, la ávida plenitud de tus labios que parecen pedir a gritos que los devoren, la súplica desgarradora de tu mirada, la sensual ferocidad de tus caricias. Pero ¿sabes qué es lo que más me subyuga? —inquirió en un susurro quedo y grave.

Negué con la cabeza, cada vez más urgida por el deseo palpitante que punzaba mi vientre.

—La música que componen tus gemidos; no tienes idea de la cantidad de sonidos diferentes que emites cuando te poseo, podría tener un orgasmo sólo escuchándote.

De repente, la loba traviesa y juguetona de mi interior surgió dominando la situación.

—Veamos si eso es verdad —musité con una sonrisa insinuante.

Gunnar abrió los ojos claramente confundido, pero cuando vio que metía en mi boca dos de mis dedos y los saboreaba con fruición, un deseo acuciante oscureció su mirada.

Sin apartar mis ojos de los suyos, llevé mi mano hacia mi sexo, decidida a procurar un momentáneo alivio al anhelo que sacudía mi cuerpo.

Gemí a la primera caricia, me mordí el labio inferior y me contoneé contra mi propia mano.

—No cierres los ojos, ¡mírame! —me ordenó.

Así lo hice mientras gozaba de mis propias caricias bajo la atenta y sufrida mirada de Gunnar.

Jadeaba cada vez con mayor intensidad; el placer me sacudía, y ver la tortura y la contención en sus ojos acrecentaba mi placer, aumentando el ritmo de mis caderas.

Casi llegando al clímax, Gunnar me detuvo.

—Ese premio es mío.

Se deslizó raudamente entre mis piernas y su lengua terminó lo que mi mano había empezado. Mis gemidos ya eran gritos de placer desquiciante, la voracidad de su lengua estaba acabando con mis sentidos. Estallé en un orgasmo burbujeante que convirtió mis venas en ríos de lava. La tensión se disipó en una laxitud agradecida, y fluté en una nube distendida y mullida, de auténtica ingravidez.

—Deliciosa —murmuró mientras se incorporaba.

Se alzó nuevamente sobre mí, regalándome una sonrisa lujuriosa e incitante.

—Has tentado demasiado al león, loba, no tendré piedad de ti.

—No quiero tu piedad —gemí, con voz ronca y sensual—, quiero que me destroces como la bestia que eres.

Atrapó mi boca en un asalto feroz y hambriento; su lengua ansiosa buscaba refugio con desespero, sin dar cuartel, retándome en una danza alocada, manejada por los hilos de un deseo incontrolado. Sentí las garras de sus dedos hundiéndose bruscamente en mi carne, como si buscara su alivio más allá de mi piel. Ya no éramos dos cuerpos en busca de placer, no; éramos dos almas sedientas, clamando una fusión.

En una única y violenta embestida, me penetró completamente y, sin moverse de mi interior, siguió devorando mi boca como si de ella manara ambrosía. El placer me sacudía; mi cuerpo luchaba por moverse, pero el enorme cuerpo de Gunnar me inmovilizaba contra el colchón. Me había convertido en su presa, pero no sería el único que iba a disfrutar del festín.

En busca de oxígeno, Gunnar se separó apenas, para clavarme una flamígera y enardecida mirada felina. Vio en mis ojos tal desesperación que su locura aumentó, oscureciendo su semblante.

Mi león salió lentamente de mí; la tensión de su rostro mostraba claramente la contención y el placer que lo desgarraban. De nuevo, se hundió en un solo y brusco movimiento. Gruñó, grité.

Sujetó mis muñecas por encima de mi cabeza y mordió mi garganta, como una alimaña enloquecida.

Salía lenta y sufridamente de mí, mientras se sumergía en mis ojos, para luego encajarse bruscamente, permaneciendo un instante en mi interior, al tiempo que devoraba mis lastimados labios.

Continuó aquella dulce tortura, convirtiendo mi sangre en lava candente, incluso pensé que mis huesos se fundían. El tórrido placer que me sacudía en oleadas de fuego me elevaba a una agonía electrizante, amenazando convertirse en una verdadera ciclogénesis explosiva.

Desesperada por que acelerara el ritmo, me debatí contra él. Gruñí furiosa, luché contra aquel gigante enloquecido y cruel que me sometía a un placer desesperante. El lobo clamó por el control.

Cuando ya se inclinaba de nuevo en busca de mis labios, sorteé raudamente su boca y mordí su hombro.

Gritó asombrado, no tuvo tiempo de más.

Lo empujé con todas mis fuerzas, apartándolo lo suficiente como para escapar de la prisión de su cuerpo. Se volvió para apresarme, y en ese momento logré ponerme

sobre él y, a horcajadas, lo tomé como mío.

Gunnar exhaló un largo gemido sofocado de asombro y placer.

Ahora yo lo gobernaba. Incliné la cabeza hacia atrás y cabalgué melosa y lánguida sobre sus poderosas caderas. Sentía su dureza palpitando en mi interior, su cálida tersura deshaciéndome las entrañas, sus manos amasando mis pechos, y gemí incesante.

Impuse un ritmo lento y pausado, en venganza, hasta que mi propia urgencia dominó la situación.

A punto de explotar, sumergida en el refulgir esmeralda de sus atormentado ojos, saboreé cada gesto, cada gruñido, cada exhalación y, advirtiendo una incipiente culminación, me incliné sobre su impresionante pecho jadeante y lo besé con saña sin dejar de danzar mis caderas.

Un grito aliviado surgió desde lo más profundo de su garganta. Una de sus manos se aferró a mis nalgas, oprimiéndolas con ferocidad, mientras la otra apresaba mi nuca. El beso fue casi un acto de auténtico salvajismo. Nuestros dientes chocaban, nuestros lenguas ondeaban enloquecidas, nuestros labios se oprimían con desespero.

El clímax más exacerbado envaró mi cuerpo, me sacudí abruptamente como sometida por cientos de descargas eléctricas, presa de un orgasmo desgarrador.

Nuestros gritos libertadores rompieron la penumbra de un amanecer frío, quebrando el silencio, atravesando los tempranos rayos de un sol desteñido.

Lánguida y trémula, dichosa y colmada, me abracé a su amplio y musculoso pecho con una sonrisa soñadora en mi rostro. Adoraba escuchar cómo los latidos acelerados de su corazón bajaban de ritmo paulatinamente, sentir la calidez de su piel, el cosquilleo del escaso y seductor vello dorado que adornaba el centro de su fornido pecho, el sutil aroma almizclado que manaba de su cuerpo como un halo magnético que me impedía despegarme de él.

Me rodeaba con sus brazos, sus dedos acariciaban suavemente mi espalda. Aquél era mi paraíso, el que tanto busqué a través de los siglos.

—Nunca se acaba —murmuró pensativo, todavía con la voz rota teñida de deseo—. Da igual las veces que te posea, este maldito deseo me sigue quemando las entrañas como la primera vez que te tuve entre mis brazos.

Alcé el rostro hacia él, encontrando una mirada conmovida.

—En aquel *knörr*, en mitad del océano —recordó con una sonrisa nostálgica—, rodeados por mis hombres, apenas ocultos tras el velamen. Sentada sobre mis rodillas... —suspiró; su expresión adquirió gravedad—. Ésa fue la primera vez que me desnudé ante ti, pero estabas tan centrada en tu determinación de dominarme que no reparaste en todo el amor que ya sentía por ti.

—Tal vez no conscientemente —repuse— pero, desde luego, en cada uno de nuestros encuentros plantabas una semilla que fue germinando hasta convertirse en una planta monstruosa.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! —Su pecho se sacudió con la carcajada y a mí con él—. Monstruosa, ¿eh?, ya te voy a dar yo monstruo.

—Ni se te ocurra volver a tocarme por hoy —me quejé entre risas—, o esta noche iré dando traspies en la fiesta como un animal malherido.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!, lo que eres.

Lo empujé burlona y me separé a regañadientes.

—Aarrrrggggg, ¡ja, ja, ja, ja, ja!, no subestimes el poder del lobo.

—No soy tan audaz —replicó con una amplia y socarrona sonrisa que me tentó de volver a sus brazos.

Me levanté de la cama y, desnuda, recogí la ropa de la noche anterior, diseminada por el suelo de la habitación.

—Mmmmm... —ronroneó, mientras me observaba—, si tu intención es ir sola a la ducha, deberías privarme de este espectáculo, no querrás despertar al... monstruo.

Le lancé mi sostén y lo cogió al vuelo entre risas.

—No necesitas esto: aunque ahora tus pechos estén más llenos, siguen tan altivos y espléndidos como siempre.

—Mi espalda no opina lo mismo; si no fuera por él, creo que andaría encorvada.

—Ven, pobre loba, te daré un masaje para calentarle la comida a mi lobezno.

Negué sonriente con la cabeza.

—Ambos sabemos en qué acabaría eso.

Un punzada tensionó mis opulentos pechos y, como si estuvieran sincronizados, un lamento agudo e iracundo surgió del receptor móvil que había sobre la cómoda.

Ambos sonreímos.

—La llamada de la selva —musitó Gunnar divertido—. Si la potencia de los pulmones es indicativo de salud, nuestro cachorro es un roble.

Asentí, le lancé un beso, me envolví en mi bata de seda púrpura y salí rauda de la alcoba.

Conforme avanzaba por el pasillo, el llanto crecía en intensidad y ganaba dinamismo. Mi pequeño y hermoso Khaled era un impaciente glotón.

Abrí la puerta y me dirigí presta hacia la cuna. Tomé en brazos a mi hijo, un rollizo bebe dorado de apenas cuatro meses, y me senté en la mecedora. Abrí la bata y el gorgojeo ansioso de mi pequeño me arrancó una sonrisa embobada; lo puse en mi pecho. Su boquita hambrienta se cerró con una fuerza sorprendente en torno a mi pezón, e instantáneamente comenzó el proceso de succión, llenándome de una sensación extraña, una mezcla de alivio, cosquilleo y tirantez.

—Eres un pequeño bárbaro, ¿eh, cariño? —Sonreí presa de una emoción maravillosa—. Como tu padre.

El pequeño cerró los ojos concentrado en alimentarse, mientras yo acariciaba con el dorso de mi pulgar su sonrosada mejilla redondeada y sedosa.

Era mi niño dorado como el sol y brillante como la luna. Su cabello claro, y sorprendentemente espeso, se rizaba, como el de Cupido, en brillantes ondas. Sus ojos sesgados eran claros, pero de un color inconfundible ya: ámbar, como los míos y como los de mi padre en otro tiempo, de quien llevaba el nombre. Si hubiera sido niña, se hubiese llamado Eyra. Y Eyra llegaría, no albergaba ninguna duda. Gunnar adoraba a los niños, también yo, y hacerlos era nuestra perdición. Volví a sonreír. No, nunca se acababa, pensé; ese deseo inagotable nos consumía a cada instante creciendo en lugar de aplacarse. ¿Por qué? No lo sabía, tal vez fuera el deseo de siglos acumulados.

Un levísimo chirrido captó mi atención hacia la entornada puerta de la habitación.

Gunnar estaba allí, asomado, observando con semblante enamorado la escena,

semidesnudo, con el cabello revuelto y la dulzura en los ojos.

Le sonreí dichosa y orgullosa, embargada por la misma emoción.

Por fin el fruto de nuestro amor había logrado nacer; por fin mi cuerpo no sólo fue receptor de vida, sino que consiguió traerla al mundo. Por fin las lágrimas que había derramado por los hijos arrebatados eran compensadas con creces, en una felicidad única y mágica, que colmaba mi pecho de manera continua, hasta a veces pensar que me reventaría el corazón de júbilo, por cada momento vivido.

Gunnar abrió la boca y pronunció en silencio una frase.

—Os amo.

Y se alejó rumbo a la ducha, dejándome con la mirada húmeda y una expresión de plenitud y dicha indescriptible. Yo pronuncié otra.

—Gracias, destino.

Capítulo 2

Rumbo a la Tønsberg Station, tarareaba una canción de cuna típica noruega, mientras Gunnar conducía nuestro Land Rover negro con expresión concentrada y una dulce sonrisa en los labios.

Mi pequeño Khaled estaba en casa, al cuidado de Rona Sorensen, una mujer de mediana edad que ayudaba en la granja. Vivía con su marido, Arne, y su hija adolescente, Anniken, en una cabaña cercana a la granja, o *hytte* como lo llaman en Noruega.

*So ro, godt barn.
Mor spinner blått gran.
Far Kjører plogen,
søster går i skogen.
Søster gjeter sauene
langt nord i haugene.
Bukken går i lunden
med lau og gras i munnen*

Gunnar sacudió la cabeza divertido sin apartar los ojos de la carretera.

—Es una canción pegadiza, ¿eh? —adujo tomando una curva a la derecha.

Sus grandes manos, que giraban el volante con suavidad, resultaban excitantes. Que un hombre de su complexión, con su imponente anatomía, fuera al mismo tiempo delicado y sutil en sus movimientos añadía más fascinación si cabía a su ya despampanante atractivo físico.

Suspiré. Esta vez sí me miró un instante, con una media sonrisa y mirada inquisitiva. Contemplé su hermoso y varonil perfil: llevaba la melena recogida en una cola; sentí deseos de liberarla y hundir mis manos en ella. Me mordí el labio, alejando pensamientos lascivos de mi mente.

—Sí—admití—, Rona está todo el día cantándole esa canción a Khaled, seguro que su primera palabra será oveja.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja o cabra! Tu noruego ya es casi impecable, aunque no tanto como mi español.

Le dediqué una mirada reprobadora.

—Rubito, tu español es... gracioso.

Gunnar frunció el ceño y arqueó su ceja izquierda en un mohín incrédulo.

—Morenita, mi español es de sobresaliente...

Carraspeó y comenzó a cantar la nana que yo había comenzado, *So ro, godt barn,*

“Así que tranquilo, buen hijo”, repitiendo la misma estrofa.

*Así que tranquilo, buen hijo.
Mamá hila el hilo azul.
Papá conduce el arado,
y tu hermana camina en el bosque.
Tu hermana pastorea las ovejas
al norte de las colinas.
La cabra camina en el bosque
con hierba y laurel en su boca.*

Me contempló interrogante, antes de fijar de nuevo su verde mirada en el asfalto.

—Tienes un deje extraño en tu acento, jamás pasarías por español —le aguijoneé burlona.

—Soy un vikingo bruto, ¿no? Te vas a enterar cuando te acorrale.

Alargó la mano y me pellizcó el muslo. Solté un grito y le di un manotazo entre risas.

—Ya me tienes acorralada en tu coche.

Volvió a arquear seductoramente la ceja, y su sonrisa se ensanchó taimada.

—Preciosa, no me tientes, porque te juro que tomo la primera desviación y te demuestro cuán bruto soy.

Le saqué la lengua burlona y él hizo ademán de girar en el primer desvío.

—Noooo... ja, ja, ja, ja, ja... ¡Estás loco!

Me sonrió travieso y volvió a concentrar su atención en la carretera; entrábamos a Tønsberg.

—Sí —concedió— y pienso seguir estándolo muchos años.

La estación de tren de la ciudad se hallaba en el centro neurálgico de la urbe, al este de la colina de Slottsfjller.

Sonreí; en apenas veinte minutos estaría abrazando a mi queridísima amiga Elena.

Se había perdido mi boda y, por motivos laborales y personales, no había podido venir a visitarnos, hasta hoy. Y no venía sola.

—Tenía que ser musulmán —masculló Gunnar fingiendo desaprobación.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Yo ya dudaba de que existiera alguien capaz de hacerle sentar cabeza, al menos no ha tenido que contactar con extraterrestres...

Gunnar soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

«Qué gran intuición la mía», pensé asombrada.

Recordé vívidamente cómo, con su espectacular melena roja y su aleteo infalible de pestañas, embaucaba a un par de desconocidos para que nos llevaran mis maletas: el ejecutivo y el talibán. «Me gusta el cordero», dijo ella, sin saber que se convertiría en eso mismo, en un corderillo manso y dócil, que idolatraba a su pastor. Reí para mis adentros. Yusuf ibnSarîq debía tener algo muy especial para que la alocada Elena abandonara su actitud de agresiva devorahombres.

La estación era una estructura de ladrillo marrón oscuro, pequeña y con tejado al estilo noruego, con ese encanto rústico pero cuidado, característico de la arquitectura de la ciudad.

Gunnar estacionó el vehículo en el aparcamiento, perfectamente delimitado frente a la entrada, y paró el motor.

—Si te soy sincero —comenzó a decir tras suspirar largamente—, me intimida tu amiga.

—Ja, ja, ja, ja, ja... no se come a nadie. —Me detuve un instante para agregar—: Bueno, ya no. ¡Oh, venga, vamos! ¿Un vikingo como tú teme a una pequeña pelirroja?

—Yo sólo le temo a una cosa.

Su semblante pronto adquirió gravedad. Sus hermosos ojos de gato, tan verdes como las altas colinas que nos rodeaban, me taladraron con una intensidad que me secó la garganta.

Ni siquiera tuvo que decirlo, lo leí tan claro en su rostro como si su potente voz lo hubiera gritado a los cuatro vientos: perderme de nuevo.

Me incliné hacia él y besé sus labios con dulzura. Gunnar aferró mi nuca con una mano, con la otra abarcó todo mi mentón para inmovilizar mi cabeza y devoró con exigente minuciosidad mi boca.

Ese hambre implacable, agotadora e insaciable aparecía con tan sólo mirarnos, con un simple roce inocente, con un casto beso sin pretensiones. Siempre estaba ahí, latente, presta a explotar, obnubilando nuestros sentidos.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, logró separarse de mí. Gruñí insatisfecha y ardiente, y lo miré con la mirada turbia por el deseo.

Gunnar maldijo entre dientes, se agarró con las dos manos al volante e inclinó la cabeza, respirando agitadamente.

Intenté acompasar mi respiración, y miré a mi alrededor para recuperar la calma.

—Deberíamos....

—¡Sal del coche! —ordenó.

Gunnar se volvió a mirarme y, con semblante tenso e indescifrable, resopló y salió del Land Rover; luego cerró con un portazo.

Lo imité contrariada y confusa por su huraña actitud.

—Pero ¿qué...?

Me tomó bruscamente de la mano y sin mediar palabra casi me arrastró a grandes zancadas al interior de la estación.

Grupos de personas deambulaban en diferentes direcciones; otros se detenían a mirar los paneles digitales que anunciaban las salidas y llegadas de los trenes. Gunnar casi embiste a una pareja en su afán por llegar a uno de los pasillos laterales.

Al girar en un recodo, enfila hacia los servicios y, ante mi estupefacción, entra como una tromba en el lavabo de señoras. Un mujer de mediana edad deja caer sobresaltada el pintalabios con el que se retoca y nos mira escandalizada, antes de correr hacia la salida.

—Eres un....

—Bárbaro del demonio, lo sé.

Me adentra precipitadamente en uno de los immaculados compartimentos para váter y cierra la puerta tras él, aprisionándome con su enorme cuerpo contra el tablero lateral.

—Es superior a mis fuerzas —susurra contra mi cuello.

—¿Qué es superior a tus fuerzas?

—Tú, soy incapaz de resistir esa expresión lasciva y excitada que pones cuando te toco, ver tus labios hinchados y enrojecidos, pidiendo más, es... superior a mis fuerzas. Esto... me supera. Cada día la necesidad de tenerte aumenta preocupantemente. Me declaro tu adicto, tu esclavo, tu fervoroso adorador.

—¡Cállate y toma lo que viniste a buscar!

Fue como si se hubiera desatado un vendaval en aquel minúsculo receptáculo. La boca de mi hombre devastaba la mía, con besos incendiarios. Sus manos apartaban hoscamente la tela que lo separaba de mi piel; las mías luchaban por desprenderlo de la americana mientras nuestras lenguas forcejeaban por el control, ávidas y desesperadas.

Gunnar me alzó la pierna, arrancó con fiereza mi ropa interior y me penetró con violencia.

Ahogué una exclamación, clavé mis uñas en sus nalgas y derramé mis ahogados gemidos en su dulce boca.

Una y otra vez mi cuerpo golpeaba rítmicamente el tablero donde se apoyaba mi espalda. Gunnar me elevó sobre sus caderas y, con las piernas fuertemente enlazadas a su cintura, fui recibiendo sus enérgicas embestidas, hasta casi desfallecer de placer. Sentía su cálido y entrecortado aliento contra mi cuello, así como la sensual melodía de sus gruñidos sofocados y de mis apagadas exhalaciones, que flotaban en aquel baño.

—Mía —susurró entre dientes.

Sus manos me sujetaban por las nalgas, clavándome fieramente sus fuertes dedos en la piel. Aceleró sus movimientos, hasta que, envuelta en una bruma de pasión desbordante, estallé en un clímax desgarrador. Arquee la espalda y me convulsioné sometida por una miríada de descargas eléctricas. Gunnar continuó su alocada danza, completamente ajeno a cuanto nos rodeaba; por un instante temí que el tablero no resistiera nuestra empuje.

En una última y profunda embestida, escapó de sus labios un largo, susurrado y quebrado gemido liberador. Agarré su coleta con mis dos manos y tiré de ella con vehemencia, para alzar su rostro hacia mí. Cuando me miró, todavía sacudido por el placer que lo tensaba, tomé su boca con ansia, saboreando hasta el último de su jadeos.

—Mío —musité contra sus labios.

—Hasta el fin de los tiempos —respondió.

Me deslizó hacia abajo lentamente; cuando puse los pies en el suelo, Gunnar estiró sus brazos, uno a cada lado de mi cabeza, con las palmas apoyadas en el tablero de mi espalda, y pegó su frente a la mía.

—Freya, uno de estos días sé que van a detenernos, sólo espero que nos dejen compartir celda.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja... Sí, y más vale que no sea de barrotes, se me clavarían en la espalda.

—Si fuera de barrotes, estaríamos salvados —repuso divertido—, los fundiríamos.

Cuando salimos del baño público, yo con mi vestido azul cobalto de fino algodón

arrugado, el cabello desaliñado, las mejillas encendidas y los ojos brillantes, sentí una profunda envidia por la impecable apariencia de Gunnar, que seguía atrayendo la mirada de las mujeres que nos cruzábamos.

Con su americana azul marino, de corte informal, su suéter beige con cuello en uve y sus vaqueros azules oscuros, de cintura baja, que ceñía sus poderosas y largas piernas, cortaba el aliento. No entendía cómo su cabello seguía estando perfecto, ni cómo su semblante mantenía una expresión cortés y sosegada, como si nuestro brutal encuentro de apenas unos minutos hubiera sido sólo producto de mi imaginación.

Sentí sus ojos esmeraldas sobre mí, algo confusos por mi expresión.

—¿Cómo lo haces?

—¿A cuál de las muchas cosas que hago te refieres?

—A la de conservar un aspecto impecable, cuando hace apenas un instante eras una bestia en celo.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja... Guardo mi bestia en el interior cuando no la necesito.

Me atrajo hacia él y caminamos cogidos de la cintura.

Salimos al andén justo cuando un tren se detenía.

Miré el reloj y sonreí: la puntualidad de los noruegos rayaba en lo sobrenatural; cómo controlaban las incidencias era algo que me desconcertaba.

Los dedos de Gunnar se enlazaron entre los míos. La impaciencia me consumía, sentí un aleteo en la boca del estómago.

De repente, preocupada por mi desaliño, estiré la falda de mi vestido y ahuequé mi melena.

—Estás preciosa —confirmó Gunnar con una amplia sonrisa—; si no me crees, puedes comprobarlo en la embobada mirada de esos dos.

Dos hombres me miraban fijamente, con expresión admirada. Uno de ellos me resultó extrañamente familiar.

Gunnar me guiñó un ojo antes de dedicar a aquellos hombres trajeados una sonrisa condescendiente.

A nuestra derecha, restalló un grito casi histérico que inmediatamente reconocí.

Todos los congregados se volvieron sobresaltados en esa dirección.

Corrí hacia ella, que venía hacia mí con los brazos abiertos y una expresión de auténtica felicidad en el rostro.

—¡¡¡Aaahhhhhhhh, Vicky!!!!

—¡¡¡Elena, amiga!!!

Nos fundimos en un abrazo intenso; aspiré la deliciosa fragancia de su cabello y los recuerdos me asaltaron, arrancándome una luminosa sonrisa.

Juntas en una cafetería, en mi apartamento o deambulando por las taperías del casco antiguo de Toledo. Muertas de risa con sus ocurrencias, llorando abrazadas por un desencuentro o desahogando nuestras frustraciones, pero, sobre todo, compartiendo y disfrutando de una amistad maravillosa.

Cuando logramos separarnos, ambas con lágrimas en los ojos, observé maravillada su aspecto.

Su cabello rojo lucía más corto, con un corte despuntado y capeado que daba más movimiento a sus rizos y la hacía parecer más joven de lo que era. El sol de la mañana le arrancaba destellos cobrizos; sus hermosos ojos avellana refulgían dichosos,

deambulando por mi rostro completamente emocionados.

—¡Dios del cielo!, ¿cómo puedes estar más guapa de lo que recordaba? —inquirió en voz alta, ante la evidente desaprobación de los viandantes.

Elena miró a su alrededor con el ceño fruncido y agregó:

—¿Y por qué cuernos me miran como si fuera un bicho raro?

—Porque lo eres.

Me volví hacia la profunda y melodiosa voz que acaba de hablar y me encontré con una mirada dulce y oscura, y una sonrisa traviesa.

—Eres mi bichito raro y encantador —pronunció dirigiéndose a Elena, que lo miraba arrobada.

El hombre alargó la mano hacia mí y yo se la estreché, sonriente.

—El gran Yusuf, imagino.

Asintió al tiempo que inclinaba cortés la cabeza.

—Espero que no te refieras a mi tamaño.

Era un hombre alto y corpulento, no tanto como Gunnar, pocos lo eran, incluso en el país de los gigantes, pues Noruega tenía una media de altura impresionante. Aun así, era un hombre grande; evidentemente sus rasgos eran árabes: tez acanelada, nariz algo aguileña, ojos alargados y negros como el ónix, de mirada sagaz y mentón pronunciado. No era un hombre guapo, pero sí atractivo, con un único rasgo destacable: su boca de labios generosos y bien delineados, enmarcados en una barba recortada y elegante, tan negra como su cabello.

—Me refería más bien a tus virtudes, que deben ser muchas, para encandilar a Elena —aclaré.

Yusuf miró a la aludida con una sonrisa pícara y asintió.

—Doy gracias a Alá todos los días por eso.

Oí a Elena suspirar a mi lado; jamás en toda mi vida la había visto en semejante estado de enamoramiento.

—Para grande, ese tipo que viene hacia aquí —adujo Yusuf.

Me volví justo cuando Gunnar enlazaba mi cintura y alargaba la mano a Yusuf.

Elena abrió los ojos desmesuradamente, para luego dirigirme una mirada cómplice de aprobación.

—Hola, Yusuf, encantado de conocerte.

Yusuf asintió levemente y le estrechó la mano cortés.

—Igualmente, Gunnar.

Ambos se sostuvieron un instante la mirada, mientras sus manos seguían unidas en el apretón. Como dos machos sospesando sus fuerzas, antes de un combate.

Finalmente, Gunnar se giró hacia Elena y le dedicó una sonrisa gentil.

—Hola, Elena.

Ya se disponía a alargar la mano en su dirección, cuando ella se le abalanzó y de puntillas se enlazó a su cuello, estampándole un sonoro beso en cada mejilla.

—Esto es un recibimiento a la española —manifestó con una sonrisa orgullosa.

—Encantada de verte —hizo una pausa intencionada y esbozó una sonrisa cómplice— por segunda vez.

—Lo mismo digo.

Elena me rodeó el brazo y comenzó a caminar dejando tras nosotras a los

hombres, que nos siguieron a una distancia prudencial.

—Vaya, vaya, tu gigante es un bombón, todo un modelo de revista, está más tremendo de como lo recordaba —siseó entre dientes, al tiempo que se volvía a echar furtivas miradas hacia atrás.

—El tuyo tampoco está mal —repuse completamente contagiada del efecto Elena, que nos retrotraía a nuestra alocada adolescencia.

—Ja, ja, ja, ja, ja... Ay, amiga, me moría por verte. ¡Tengo tantas cosas que contarte!

Capítulo 3

Un silbido admirado escapó de los labios de Elena cuando salió del coche.

Con los brazos en jarras y una expresión entre asombrada e incrédula, contemplaba nuestra hermosa casa de cedro, al pie del acantilado, sobre el fiordo de Steinsfjorden.

Ciertamente era una estructura impresionante, una sincronía perfecta entre lo rústico y lo moderno. Tenía un tejado pronunciado, hasta el suelo, eficaz para las abundantes nevadas invernales, y resistentes paredes de troncos, que otorgaban calidez y aguantaban los fuertes vientos que azotaban la cumbre. No obstante, los grandes ventanales, de una pieza, aligeraban la pesadez de la madera y ofrecían unas vistas impresionantes del lago. La casa poseía dos amplias balconadas, de cara al acantilado, una en el piso superior, abierta a un enorme salón, y otra más pequeña en la habitación principal, situada en la buhardilla, de generosas dimensiones; la nuestra.

Con la llegada del buen tiempo, solíamos desayunar ahí, aspirando el fresco aroma de pinos y abetos y la fragancia a lavanda, que crecía en la ladera de la montaña extendiendo su manto azulado por el horizonte. El aire límpido y oxigenado nos daba los buenos días, y las buenas noches. Aquellos parajes eran mi hogar, mi particular paraíso, aunque hubiera dicho lo mismo de un terreno abrupto, yermo y desolado, siempre y cuando Gunnar estuviera a mi lado.

—¡Impresionante! —murmuró Elena. Sus vivaces ojillos revoloteaban inquietos por toda la propiedad, hasta que los detuvo en mí.

—Nena, muy mal lo tuviste que pasar, sí, porque... pedazo de recompensa, guapa.

—Anda, vamos, coge aire o te dará un tabardillo cuando veas el interior.

Arqueó las cejas, todavía boquiabierta.

—¿Aún es mejor? —inquirió incrédula.

—Sólo es acorde —intervino Gunnar.

Avanzábamos hacia la entrada principal, donde se abría el porche, con sus mullidos sofás, repletos de cojines, lámpara colgantes y una extensa mesa alargada con bancos a ambos lados.

—¡Dios santo, creo que vais a tener que echarme a patadas de aquí!

Solté una carcajada, más por la mirada espantada de Gunnar que por el comentario.

—Siéntete en tu casa, Elena —profirió Gunnar—, pero no olvides que no lo es.

Le clavé el codo en las costillas, mirándolo con reproche. Gunnar exhaló un leve quejido.

Elena se detuvo, lo miró con gravedad y estalló en risas.

—Tranquilo, grandullón, no puedo olvidarlo, mi apartamento seguramente tendrá

el tamaño de uno de tus aseos.

La sola mención de esa palabra encendió un rubor en mis mejillas. Inmediatamente recibí la mirada traviesa de Gunnar, con su seductora media sonrisa autosuficiente.

—Elena, bromeaba, puedes quedarte el tiempo que quieras —confesó Gunnar.

—¡Ja!, ahora sí que te tomo la palabra.

Y con gesto burlón, le guiñó un ojo y se colgó de mi brazo.

Oí resoplar a Gunnar a mi espalda y sonreí; sería interesante descubrir hasta dónde llegaba el aguante de mi vikingo.

Rona salió a recibirnos secándose las manos en el delantal. Junto a ella estaba *Thor*, nuestro inmenso terranova negro, que, jadeante, saludaba amigable a los invitados, meneando su cola e inclinando ligeramente la cabeza en espera de alguna caricia. Hundí mis dedos en su espeso y suave pelaje de un negro casi azulado que destellaba bajo el sol.

Rona era una mujer madura, algo robusta y de imponente estatura, de cabellos trigueños y lacios, estirados en un apretado moño bajo que dejaba al descubierto un rostro redondo, de mejillas sonrosadas, nariz pequeña, grandes ojos azules y expresión beatífica. Rona habría sido un estupendo general: su personalidad disciplinada, su perspicacia, su capacidad de trabajo, la escrupulosa rigidez de sus propias normas y la cuidadosa organización hasta del más mínimo detalle la convertían en un tesoro para mí a la hora de llevar la granja.

Clavó su aguda mirada de halcón en mis invitados, sometiéndolos a una minuciosa inspección visual.

—Rona, éstos son Elena y Yusuf.

Elena imitó su recibimiento anterior, dejando a la gran Rona completamente desorientada. «Elena uno, Rona cero», pensé divertida.

Tras los dos sonoros besos recibidos, se aclaró la garganta y, cuando Yusuf se acercó a ella, involuntariamente dio un paso atrás.

Cuando el hombre extendió su brazo, el semblante de la mujer inmediatamente se relajó aliviado y le estrechó con brío la mano.

Reprimí una carcajada cuando vi ondear el brazo de Yusuf como si fuera una cuerda al viento.

—Encantada, pasen, les preparé el almuerzo —anunció Rona con ese acento hosco y grave con que hablaba mi idioma.

Gunnar le palmeó amigablemente la espalda a Yusuf, que abría sin cesar su mano derecha, en un intento de que la sangre nuevamente la recorriera.

—Ésta es la bienvenida vikinga.

Yusuf asintió intentando sonreír sin conseguirlo.

—¿Os habéis caído todos a la marmita de Panoramix? —inquirió ceñudo.

—La poción la aprendió de nosotros —replicó Gunnar socarrón, cediéndoles el paso.

Elena revoloteaba, entre exclamaciones sorprendidas, por la gran entrada donde se abría la amplia escalinata al piso superior. A la derecha se encontraba una vasta sala de estar con una larga rinconera de piel beige frente a una impresionante chimenea de piedra natural; más allá, un comedor acogedor en un rincón acristalado, por el que se

contemplaba un gran arce, de tronco imponente, y las verdes laderas, dando la impresión de estar en el exterior. A la izquierda del recibidor había un corredor que llevaba a uno de los aseos de la planta baja y, más allá, en el otro extremo, se hallaba una cocina de considerables dimensiones y una enorme despensa, repleta de provisiones, ya que era muy común que nos quedáramos atrapados durante las largas heladas, pues la nieve hacía los caminos infranqueables. Adoraba esas semanas de completo aislamiento, pues los pasaba prácticamente tirada en la alfombra junto a la chimenea, sobre el regazo de Gunnar, disfrutando de cada segundo, riendo, comiendo, jugando, amándonos, evocando recuerdos, a veces dolorosos pero que necesitábamos airear, para aligerar nuestras almas.

Solos él y yo... y ahora nuestro adorado Khaled.

—¡Es... es... demonios, es la leche! —exclamó Elena estupefacta.

—Gunnar la construyó —aduje orgullosa.

—Alucinante, ahora me explico esos brazos... ja, ja, ja, ja, ja.

—No lo hice yo sólo, no soy Sansón —espetó Gunnar sonriente.

—No, pero casi —repuso con admiración.

Eché una ojeada a Yúsusuf, que no parecía muy complacido con la efusividad de Elena hacia Gunnar.

—Vayamos arriba, vuestro cuarto está en la segunda planta; podéis cambiaros y refrescaros si lo deseáis antes de almorzar.

—Iré por las maletas —anunció Gunnar.

—Puede que hayas construido esta supercabaña —comenzó a decir Yúsusuf—, pero te aseguro que serás incapaz de levantar tú sólo una de las maletas de Elena, ni con ruedas pudimos arrastrarla, voy contigo.

Gunnar asintió y ambos salieron rumbo al coche.

Cogidas del brazo, con una sonrisa de oreja a oreja, la conduje hasta el cuarto que les había asignado. Abrí complacida las puertas batientes.

Ubicada en una esquina, contaba con un ventanal imponente frente al acantilado, una gran cama frente a la chimenea, un pequeño sofá de chenilla azul, una tele de plasma, un largo arcón a los pies de la cama y su baño particular. Resultaba una habitación cálida y confortable.

—Esto es un sueño, amiga, te juro que ni el mejor hotel con encanto del mundo puede compararse a este paraíso en las montañas.

—Es mi sueño, sí, del que no quiero despertar nunca.

Elena sostuvo mi mirada; sus ojos avellana se humedecieron, asintió con una sonrisa emocionada y avanzó hacia mí. Nos estrechamos en un emotivo abrazo.

—Te he echado tanto de menos —murmuró contra mi pelo.

Cuando nos apartamos, nos cogimos de las manos y las agitamos como adolescentes histéricas.

—Aaaahhhh... ja, ja, ja, ja, ja... van a ser unos días inolvidables, lo sé.

Asentí igual de ilusionada.

—Y ahora, mucha casa, mucho paisaje, pero ¿dónde está el Ferrero Rocher?

La miré confundida, pero alerta a sus siguientes palabras; de repente entendí y estallé en una carcajada.

—Sí, tu pequeño bombón dorado, tu Khaled.

Sin parar de reír, tuve que sentarme en la cama, doblada en dos.

—Lo serviré... en el postre —logré decir entre carcajadas.

Elena se sentó a mi lado, contagiada por mi risa; ambas nos tumbamos en la cama.

—Ñam, ñam... qué rico... ¡ja, ja, ja, ja, ja!

Cuando entraron Gunnar y Yusuf rojos como pimientos por el sobreesfuerzo, sudando y fulminando a Elena con la mirada, las carcajadas de ambas aumentaron.

—Ahora sí me creo que vienes con intención de quedarte a vivir —gruñó malhumorado Gunnar mientras se limpiaba el sudor con el antebrazo.

—Si sólo son cuatro cosillas —replicó Elena entre risotadas.

—¿Cuatro cosillas? —se quejó Yusuf—. ¿Cuándo desmontaste la catedral de Toledo para traértela despiezada?

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! Por Dios bendito, parad o me meo.

Elena se levantó de la cama como un rayo derecha al baño.

—¿La catedral? —inquirió Gunnar—. ¿No le has dicho que somos unos bárbaros paganos?

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! —Yusuf rio con ganas—. Creo que se ha empeñado en cristianizar nuevos territorios, mírame a mí.

Con la manos en la mandíbula, que ya me empezaba a doler, oí la voz de Elena a través de la puerta cerrada.

—¡Mierda, no llegué!

Las carcajadas inundaron la habitación.

Gunnar, que se limpiaba las lágrimas con la palma de la mano, observaba cómo Yusuf, apoyado en sus rodillas, se sacudía entre risotadas.

Me hizo una señal hacia la puerta, me tendió la mano y ya más recompuesta la acepté.

—Os dejamos —murmuró—... ahora sí necesitáis cambiaros.

Yusuf asintió sin mirarnos, alzó una mano a modo de despedida y abandonamos la habitación todavía entre risas y cogidos de la cintura.

—Un buen principio, ¿no crees?

Gunnar besó mi frente y asintió feliz.

Capítulo 4

La fiesta de nuestro aniversario sería una simple reunión de amigos, charla, cena y copas; eso sí, formal, lo que suponía puesta de largo.

Después de dar el pecho a mi Khaled, bajo la enternecida mirada de Elena, ambas corrimos a prepararnos.

Para la ocasión me había comprado un traje de seda salvaje en color amarillo, estilo sirena, que se ceñía a mi talle para abrirse a mitad de muslo. Por fortuna, como ya me anticipó la matrona, había recuperado la figura rápidamente gracias a la lactancia, y por supuesto al ejercicio físico. Gunnar y yo salíamos a correr casi todas las mañanas, montábamos a caballo y le ayudaba en las labores de la granja, pero nuestro deporte principal, sin duda, era demostrar cuál de nuestros animales internos era más voraz. Sonreí; el último asalto en un baño público había sido del león.

Con unas tenacillas, remarqué cuidadosamente cada una de mis ondas. Era un trabajo arduo por la longitud de mi melena, pero, cuando terminé y me miré en el espejo, comprobé orgullosa el resultado. Mi cabello negro resplandecía en cada curva. Finalmente, recogí el lado derecho con un pasador dorado, amontonando mis rizos al otro lado. Perfecto, al menos uno de mis pendientes luciría.

Maquillé mis ojos, perfilándolos con sombra oscura, lo que acentuó mi tono ámbar; apliqué máscara de pestañas, color a mis mejillas y, para finalizar, un carmín de un tono rosado natural con brillo. Una última mirada de aprobación y salí del baño.

Gunnar se ajustaba la corbata negra frente al espejo con movimientos secos y elegantes; contuve una exclamación. Estaba tan guapo que mi lobo se removió inquieto, casi salivando ante aquella succulenta imagen.

Llevaba un traje negro, de corte italiano, que se ajustaba a sus imponentes dimensiones a la perfección. La camisa blanca destacaba su tez bronceada por el trabajo al aire libre. Mi ojos recorrieron la dura línea de su mandíbula, su boca amplia y dulce, su nariz recta, sus altos y anchos pómulos y esos ojos alargados de gato, siempre acechantes, tan profundos y brillantes como los abruptos barrancos de las montañas que nos rodeaban. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, dorado y brillante, pero con ese sempiterno toque rebelde e indomable que añadía una salvaje masculinidad a su porte.

De repente, sentí su mirada reflejada en el espejo clavada en mí.

Perplejo y obnubilado, me recorrió despacio, prestando atención a cada detalle; sus labios se abrieron, su mirada se encendió, sus rasgos se tensaron. Contuve la respiración cuando se giró hacia mí.

Avanzó lentamente y, a cada paso, la emoción que brillaba en sus ojos, aumentaba.

—La primera vez que te hice mía llevabas un vestido parecido.

Aquel recuerdo, de hacía doce siglos, volvió a mí, con detallada claridad.

Aquel día, en la fiesta del *skáli*, me sacó de allí casi a rastras, temiendo que fuera de otro hombre, mostrando con fiereza sus sentimientos, su posesión. Hasta casi sentí aquel beso delirante contra la empalizada, cómo me empujó hasta su cabaña, donde me tomó como suya. Esa primera entrega debió haberme abierto los ojos: era él, mi hombre, mi destino, pero por aquel entonces todavía me aferraba a Rashid.

—Sí, lo escogí a propósito —confesé.

A tan sólo dos pasos de mí, se detuvo.

Percibí con total nitidez el deseo que manaba de él. Era como ondas térmicas irradiadas por su cuerpo, como una fuerza electromagnética que cargaba el aire a su alrededor, activando cada una de mis terminaciones nerviosas. Noté cómo se aceleraban mis latidos. Esa conexión mágica que nos unía transgredía cualquier ciencia y credo.

—¿Sabes? —dijo en voz susurrada y grave—. Provoca la misma reacción que entonces.

Inclinó levemente la cabeza y con mirada depredadora avanzó hacia mí.

Sus manos se aferraron a mi cintura; el calor que desprendían despertó mi piel y languideció mis sentidos. Oía maravillosamente bien; mi consciencia pasó a un segundo plano, mi vientre hormigueó y mi pezones se endurecieron.

Gunnar me pegó a él, clavando en mí su verde y sesgada mirada.

—Siempre supe que era tú, desde la primera vez que puse mis ojos sobre ti, la otra mitad de mi alma —musitó.

Mi garganta se secó; un aleteo inquieto recorrió mi pecho, sentí escalofríos erizando mi piel y el atronar de los latidos en mis oídos.

—Que seas, además, la mujer más condenadamente bella y sensual que hay sobre la tierra es un favor que debo agradecer a los dioses —agregó mientras se inclinaba sobre mi boca.

Unos rápidos y secos golpes en la puerta lo detuvieron. Una voz femenina, gutural y seca, llegó enérgica hasta nosotros.

—¡Los invitados esperan abajo!

Gunnar me sonrió, chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y me soltó.

—Los invitados deberán agradecer a Rona que hoy tengan anfitriones.

Reí, puse las palmas de mis manos en sus hombros y me puse de puntillas, a pesar de mis tacones, para darle un beso rápido. Para mi asombro, Gunnar se apartó.

—¿Acaso has olvidado en lo que acaban nuestros besos? Si vuelvo a acercarme a ti, será para devorarte.

Hice un mohín desconsolado y Gunnar gruñó, me guiñó un ojo y me acompañó a la puerta.

—No me tientes, nena, o la fiesta acabará siendo la más sonada de la zona.

Abajo, varias parejas charlaban animadamente mientras bebían unos cócteles. Eran amigos de Gunnar, y ahora también míos. Miré la hora del reloj de pared, era exactamente la hora estipulada. «Infalible», me dije sonriente.

Saludamos a los invitados con un abrazo cálido y una sonrisa agradecida.

Britta Holgen, esposa de Knute, director de una de la mayores factorías lecheras de la zona y uno de los hombres más francos que yo había conocido en mi vida, admiró

mi vestimenta, alabando la elección.

—Desde luego, querida, es impresionante cómo te has recuperado del embarazo.

Su marido se ajustó las gafas de montura invisible sobre el afilado puente de su nariz y me contempló con aprobación.

—Sin duda, estás soberbia Vicky, y el amarillo te favorece —opinó Knute.

—Es más un color de morenas, y aquí no abundan —convino su mujer.

—Gracias, Britta, tú estás radiante.

Y era cierto, su melena casi albina se estiraba en un alto moño, despejando por completo un rostro regio, de facciones delicadas. Sus pequeños pero aviesos ojos cerúleos mostraban el brillo de una mente aguda, siempre alerta; nada escapaba a su control. Su vestido, de un verde musgo casi tan intenso como los ojos de mi esposo, ceñían un cuerpo esbelto, pero sin muchas formas.

—Rona nos ha dicho que esta mañana llegó tu amiga española, pero no la hemos visto —adujo Britta, llevándose la copa a los labios.

—Es española —le recordó su esposo, como si esa sola indicación fuera inherente a la impuntualidad.

Justo en ese momento se acercó Rona con la bandeja de los cócteles; tomé una copa y me la llevé a los labios.

—Y ardiente —intervino Rona—. Seguro que han torcido todos los cuadros de la pared. Desde la cocina se oían los golpes y alaridos, miedo me da entrar en la habitación.

Me atraganté ante las risas de Britta y Knute.

Gunnar, que hablaba con Sven, su mejor amigo y uno de los principales ganaderos de la comarca, miró preocupado en mi dirección.

Alcé la mano, en señal de que todo iba bien, mientras Britta palmeaba mi espalda.

—¡Diantres, Rona! —exclamé—. ¿No sabes lo que significa la discreción?

—Sé lo que significa el decoro —se defendió ceñuda—. Y si ellos no quieren que nadie sepa que fornican como animales, es tan fácil como morder la almohada, digo yo.

Britta se carcajeaba mientras aleteaba su mano y negaba con la cabeza.

—Ay, Rona, no te contrataría en mi casa aunque te ofrecieras sin sueldo.

Rona la fulminó con la mirada, frunció los labios reprobadoramente y alzó la cabeza altiva.

—No veo por qué —intervino Knute—. Tú eres de las que muerden almohadas.

—¡Ja! —exclamó Rona triunfal, mientras se alejaba.

Reprimí la carcajada, por temor a molestar a Britta; sin embargo, fue ella la que rio.

—Veo que os lo estáis pasando genial.

Lisbet Amundsen, esposa de Sven, de belleza angelical, casi aniñada, de cabellos trigueños y lacios que caían suaves a ambos lados de su dulce rostro, nos sonrió con curiosidad.

—Hablábamos... de... las... ¿almohadas? —repuso Britta entre risas.

—Más bien de cómo se muerden —aclaró su marido, que también reía.

Lisbet me miró abriendo los ojos con asombro; me encogí de hombros, al tiempo que me sacudió otra carcajada.

—Dios santo, y eso que acabamos de empezar —adujo Lisbet.

Un carraspeo tras de mí me hizo volverme.

Elena y Yusuf me miraban sonrientes y expectantes.

—Esa sonrisa es inconfundible, es la de una mujer orgásmicamente satisfecha —musitó Britta a mis espaldas.

—No lo dudes, guapa, mi hombre es un toro —contestó Elena en perfecto noruego, con la más dulce de las sonrisas en su cara.

—Se me olvidó comentar que habla vuestra lengua —confesé divertida.

Elena había comenzado a estudiarla desde que yo me instalé aquí, como yo; en nuestros numerosos correos me comentaba sus avances, y me consultaba las dudas.

Yusuf, en cambio, apenas chapurreaba alguna que otra frase.

Britta se adelantó y le alargó cortés la mano, y Elena hizo lo propio: la cogió por los hombros y le estampó los sonoros besos de rigor en las mejillas.

—Es española —le recordé con orgullo—, como yo; ninguna de las dos mordemos almohadas.

—Curiosa presentación, amiga —dijo Elena—, aunque ya imagino el tema que tratabais.

—Ésta es Britta, tu alter ego escandinavo.

—Ya me empieza a caer bien, ja, ja, ja, ja.

Al grupo se acercaron los demás. Jørgen Ladjson y su esposa Janne, Markus Axel y su hermano Finn. La espectacular Ingrid, una pelirroja voluptuosa, de ojos azules y sesgados, pómulos altos y prominentes y boca generosa, con su prima Hildur. Igual de alta que ella pero bastante más delgada y enjuta, de cabello del color del brandi viejo, igual de brillante y de ojos gris claro. Al contrario que su llamativa prima, era anodina, de carácter reservado y muy callada; sin embargo, se intuía tras ese escudo de timidez una inteligencia sublime. Por algún motivo, me encontraba a gusto a su lado, me transmitía una paz y una seguridad apabullantes, al revés que Ingrid, que me inspiraba desconfianza y recelo constante.

Y no se trataba únicamente de la forma en que se comía a Gunnar con los ojos, sino de algo más, una sensación de malestar opresiva, una mera cuestión de piel, de rechazo inconsciente. Desde el día en que la conocí, la sensación no había hecho más que acrecentarse. La quería lejos de mí, de la misma manera que quería cerca a Hildur. Pero, al parecer, eran un *pack* indivisible; lo que resultaba más curioso era que sospechaba que ninguna toleraba a la otra. En mis contadas conversaciones con Hildur, me había maravillado la sapiencia de alguien tan joven, a pesar de que me llevaba sólo cinco años. Y a pesar de que ella jamás había hablado mal de Ingrid, creía ver en sus miradas hacia ella, y en sus gestos cuando su prima se le acercaba, un desagrado sutil, apenas perceptible.

Los últimos en acercarse fueron Lars Mine y su esposa Tora, ambos ya metidos en la cincuentena. Lars era médico en Tønsberg, nuestro médico de familia, y su mujer, psiquiatra, algo que me llamaba poderosamente la atención, pues era una mujer casi imposible de interrumpir cuando empezaba a hablar. No me la imaginaba en completo silencio en su consulta, escuchando y tomando notas.

Hechas las presentaciones, nos sentamos a la mesa. Por supuesto, Rona, su marido Arne y la dulce Anniken se unieron a nosotros.

Las mujeres a un lado de la mesa, los hombres al otro, con las parejas en frente.

En el centro de la larga mesa se alineaban los platos con que la gran Rona nos agasajaba. El colorido de las viandas resaltaba contra la blancura del mantel de hilo.

Había bandejas de *gravlaks*, salmón marinado en sal, azúcar y especias, servido laminado; canapés de *reker*, gambas sobre pan blanco, con limón y cubiertas de mahonesa con eneldo; *kjottkaker*, carne picada de ternera preparada en forma de albóndigas y frita, servida con puré de guisantes y patatas cocidas; platos con *Geitost*, un queso de cabra marrón, con sabor dulce y algo amargo, con notas de caramelo, sobre tostas y acompañado de bayas de enebro, y, por último, *lutefisk*, pescado desalado, bacalao en esta ocasión, a la parilla, acompañado de bacón, puré de nabo y guisantes. Varios cuencos de salsa *rømmegrøt*, crema agria natural aderezada con mantequilla, azúcar y canela, se hallaban repartidos por la mesa, al alcance de todos.

Al contrario que sucede en las mesas españolas, donde se va sirviendo la comida siguiendo un orden determinado, allí todos los platos que se van a comer ya están dispuestos, con lo que la anfitriona no tiene que levantarse continuamente para servir. Incluso el postre estaba presente, la *multekrem*, elaborada con bayas de los pantanos y nata montada. A un extremo se encontraba la mesita auxiliar con ruedas; sobre ella había una pila de platos limpios y cubiertos, y en la bandeja inferior se iban dejando los platos sucios que los invitados pasaban de unos a otros, con lo que nadie tenía que levantarse de la mesa. La eficiencia nórdica era una de las claves de su desarrollo a todos los niveles.

—No hay cerdo —anuncié a Yusuf, que asintió agradecido.

—*Shukran* —respondió.

Aquella sola palabra arrancó reminiscencias dolorosas de mi mente. Esa lengua melosa y la apariencia de Yusuf rescataban un rostro de mi memoria. Me encontré con la penetrante y zaina mirada de Yusuf, que hizo que me agitase incómoda en la silla.

Gunnar también me observó, adivinando con meridiana claridad el nombre que había acudido a mis recuerdos; torció el gesto y se dirigió a Yusuf:

—¿De dónde eres?

—Mis padres son del Líbano, pero yo nací en Jordania.

—¿Y cómo llegaste a España?

—Me ofrecieron un trabajo allí, soy traductor y guía turístico.

—O sea que ya sabías castellano cuando fuiste —repuso Gunnar llevándose un trozo de salmón a la boca.

Yusuf asintió tras beber un trago de *solo*, una bebida refrescante con sabor a naranja.

—Sí —admitió—. Por alguna razón, es un idioma que siempre llamó mi atención.

—Hizo una pausa y sonrió—. Ahora sé por qué.

Gunnar dejó de masticar, tragó incómodo y bebió de su copa de vino blanco.

—El amor me esperaba en ese país —aclaró alzando su copa ante Elena, quien, sentada a mi lado, lo miraba hechizada. Ella lo imitó y las entrechocaron. Pero cuando Yusuf bebió de ella, sentí sus ojos nuevamente sobre mí, por encima del borde.

Gunnar no me quitaba los ojos de encima, parecía contagiado por mi inquietud.

—¿Piensas casarte con ella? —inquirió interesado.

—Me lo ha prometido —respondió Elena—, así que más vale que lo cumpla o lo

ataré a una silla y lo atiborraré de cerdo.

Yusuf rio divertido y le guiñó un ojo.

—Como ves, Gunnar, no tengo escapatoria —repuso volviéndose hacia él.

Gunnar asintió y sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Hecha la promesa, es mejor cumplirla cuanto antes.

—Bueno, las cosas hay que madurarlas un tiempo —manifestó Yusuf con calma—. No como lo vuestro, que fue un flechazo instantáneo. —De nuevo dirigió su atención sobre mí—. Elena me contó que viniste de vacaciones para olvidar a un tipo y que, en cuanto lo viste, caíste rendida a sus pies.

—Fui yo el que quedó prendado desde el principio —admitió Gunnar.

—No es para menos —repuso Yusuf sonriéndome—. Cuando las vimos en la estación de Toledo, mi amigo Diego y yo caímos cautivados por ellas.

Gunnar resopló incómodo, su semblante comenzaba a crisparse.

—¿Qué tal la comida? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

—Deliciosa —confirmó Yusuf, paladeando cada sílaba y con la mirada recorriéndome sin ningún reparo.

Bajé la vista a mi plato, con las mejillas encendidas y un molesto desagrado que crecía paulatinamente en mi estómago.

Decidí centrar mi atención en las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor, y en Elena, que hablaba animadamente, practicando su noruego. Atenta, le traducía a Yusuf cada frase, sin percatarse de que su novio no parecía estar interesado en nada más que en devorarme con los ojos. Maldije para mis adentros.

Como predije, Britta y Elena conectaron en seguida, y sus bromas subidas de tono caldearon el ambiente. Las risas y la cordialidad reinante no aligeraron mi ánimo y, aunque sonreía e intentaba pasarlo bien, la semilla de preocupación que había sembrado la actitud de Yusuf me lo impedía.

Terminada la cena, nos trasladamos al salón. Gunnar, Sven y Finn preparaban las copas en el mueble bar. Yo me quedé junto a Elena, que por fortuna se colgó del brazo de Yusuf y, acaramelada, ocupaba toda su atención, con arrumacos y besos.

Hildur se acercó a mí, con sonrisa tímida.

—¿Me enseñas tu colección de música?

—Claro, pongamos algo para bailar —contesté aliviada; acababa de darme una excusa para alejarme de la parejita.

En una esquina, encendí la cadena de música y deslicé los compartimentos de los cedés para que Hildur escogiera.

—Mmmmm... Tienes unos gustos muy eclécticos —observó.

—Sí, depende del momento me gusta escuchar distintos tipos de música.

—¿Medieval? —inquirió sorprendida.

—Soy restauradora de antigüedades, me pone en situación —aduje—. Ahora estoy restaurando uno de los cuadros de la iglesia local; cuando trabajo me gusta trasladarme al siglo que me ocupa.

—Interesante —musitó.

Sus gráciles dedos iban pasando los cedés en busca de algo de su gusto. Por fin eligió uno de Neon Trees, el álbum «Habits», casualmente uno de mis grupos favoritos. Me miró como pidiendo mi aprobación, asentí y presioné el botón de

extracción de la bandeja de cedé. Metí el disco y en seguida sonaron los rítmicos acordes de *Animal*, una canción de *pop rock* que me apasionaba y que solía cantar por la casa, dando saltos.

Los invitados empezaron a bailar con sus copas en la mano. Ingrid, con su vestido rojo de satén, comenzó a contonearse sensual y a agitar su esplendorosa cabellera naranja.

Cuando llegó el estribillo, todos lo cantaban extasiados; me uní a ellos.

—*Oh, oh, I want some more. Oh, oh, what are you waiting for? Take a bite of my heart tonight. Oh, oh, I want some more. Oh, oh, what are you waiting for? What are you waiting for? Say goodbye to my heart tonight.*

Gunnar se me acercó bailando, me rodeó la cintura y se contoneó contra mi cuerpo.

—Esa canción está hecha para nosotros —susurró en mi oído, envolviéndome con sus fuertes brazos—. Quiero un poco más de ti, siempre quiero un poco más... —tradujo la estrofa, poniéndome la piel de gallina con esa voz grave y ronca que tanto me excitaba—... ¿a qué estas esperando? Toma un mordisco de mi corazón esta noche.

—Tomaré más de lo que me ofrezcas —musité subyugada por su cercanía.

—Te ofreceré más de lo que me pidas.

Nos abrazamos envueltos en una nube de amor que nos alejaba de todo.

Gunnar me giró y se pegó a mi espalda, frotándose contra mí. Las palmas de sus manos contornearon mis caderas y se deslizaron por mis muslos, sinuosamente, al tiempo que hundía su nariz en mi cuello. Gemí casi de manera involuntaria, cerré los ojos y apoyé mi cabeza en su pecho, exponiendo premeditadamente mi garganta a su ardiente boca. Sentí que mis rodillas se gelatinizaban cuando su lengua ascendió por la delicada piel de mi cuello y sus dientes apresaron delicadamente el lóbulo de mi oreja. Seguíamos bailando, o eso creía; envuelta en mi particular burbuja de deseo, era incapaz de percibir con claridad mi alrededor. Sólo era dolorosamente consciente de la palpitante dureza de Gunnar presionando mis nalgas, de su inquieta y cálida boca, y de aquellas benditas y mágicas manos que anulaban mi juicio, despertando mis más fieros instintos sexuales.

—Cielo, me vuelves loco —susurró enfebrecido—. Esta maldita hambre va a acabar conmigo, me consume.

Una sonrisa exultante y sensual distendió mis labios. Gunnar apresó mis caderas de nuevo y presionó contra mi trasero su latente deseo.

—Él... también te busca, constantemente...

—Y yo a él... Me siento tan vacía cuando me abandona —murmuré en apenas un hilo de voz.

—Nena, vas a conseguir que olvide que no estamos solos.

—Mmmmm... ¿No lo estamos? —mascullé excitada.

Gunnar rio y rodeó mi cintura; su amplio, fornido y cálido pecho se sacudió contra mi espalda.

—No, pero lo estaremos... y entonces, mi fogosa loba, voy a colmar tu apetito de tal manera que no te sentirás vacía en días.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja... Empiezo a temerte.

Gunnar me dio la vuelta y sujetó entre sus fuertes manos mi rostro.

—Sería lo más prudente, ese vestido ha despertado la bestia que hay en mí...

Su verde mirada fulguró cargada de promesas indecentemente excitantes.

—Esa bestia jamás estuvo dormida —aseguré embebiéndome del deseo que tensaba su hermoso rostro.

—No desde que te encontré.

Entreabrí apenas los labios y la boca de Gunnar cayó sobre la mía, constatando en aquel beso la pasión que lo consumía. Su lengua se enredó ávida en la mía, plantando una batalla que no daba cuartel, sedosa, electrizante, vehemente, y arrancando de mi garganta guturales gemidos que se perdían en el interior de su garganta.

Cuando logramos separarnos, descubrí que sonaba una canción que habíamos bailado innumerables veces en la soledad de este mismo salón. Perdidos uno en los ojos del otro. Suspiré.

Gunnar enlazó mi cintura y cogió mi mano; abrazados, bailamos los acordes de *One more kiss, dear*, de Vangelis, del álbum de la grandiosa «Blade Runner».

—Un beso más, mi amor, una mirada más... —tarareó Gunnar mientras me deslizaba en círculos grácilmente. Era un excelente bailarín; a pesar de su tamaño, poseía una ligereza y agilidad apabullantes. Sus movimientos elegantemente felinos rezumaban una sensualidad embriagadora. Supe, sin necesidad de despegar mis ojos de los suyos, que todas las mujeres de la sala estaban suspirando bajo su influjo.

A nuestro alrededor comenzaron a acompañarnos más parejas.

Los melódicos y románticos acordes de la canción crearon un ambiente relajado y silencioso.

Apoyé mi mejilla en su hombro y ya cerraba los ojos cuando alguien tocó mi hombro.

—¿Puedo robarte durante unos minutos a este estupendo bailarín? —rogó Ingrid—. No temas, sé que sólo tiene ojos para ti, pero quiero saber lo que es flotar entre los brazos de un coloso.

—Tal vez deberías preguntarme a mí —intervino Gunnar, molesto por la interrupción.

—No pasa nada cariño, necesito una copa —respondí cediéndole mi lugar y disimulando mi desagrado—. Es todo tuyo.

—Qué más quisiera yo —repuso Ingrid. Me guiñó un ojo a modo de chanza, aunque sabía que hablaba muy en serio.

Debería haberme acostumbrado al descaro de aquella mujer, no era la primera vez que mostraba tan abiertamente su interés hacia mi esposo y, si no supiera que Gunnar no la soportaba, hace tiempo que la habría alejado de mi vida. Hildur era la otra razón.

Ya me dirigía al mueble bar cuando alguien me aferró el codo, frenándome en seco. De repente me vi catapultada contra un pecho; una mirada zaina me miró divertida.

—¿No irás a negarme un baile, no?

Yusuf me sonrió abiertamente; sus ojos brillaban de manera inquietante. Un desasosiego molesto comenzó a aletear en mi estómago.

—¿Y Elena?

—Salió con Britta, están charlando en el porche.

—Tal vez, en otro momento —me obligué a sonreír—; necesito desesperadamente una copa.

Yusuf negó con la cabeza, afianzándose en sus brazos.

—Tranquila, no voy a imitar el baile de tu gigante.

Su voz dejó translucir un deje de envidia que me puso un regusto amargo en la garganta.

Asentí a regañadientes y me dejé llevar por él. Su mano apresaba mi cintura y me acercaba a su cuerpo; en uno de los giros, acabé prácticamente pegada a su cuerpo; mi senos se oprimieron contra su pecho, jadeé. Alcé el rostro para mostrarle mi desagrado, pero lo que hallé en su bruna mirada me dejó sin respiración: un anhelo desgarrador.

Puse las palmas de las manos en sus hombros e imprimí toda mi fuerza para alejarlo de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseé furiosa.

—Relájate, sólo estamos bailando.

—Pues baila como el jodido novio de mi mejor amiga, no como cualquier baboso de discoteca.

Yusuf me fulminó con la mirada, sus facciones se endurecieron, sus labios se tensaron, un músculo de su mandíbula apenas palpitó conteniendo el acceso de furia.

—Pensaba que aquí todo el mundo bailaba así —musitó a modo de disculpa—. Tú... antes...

—Por Dios santo, es mi esposo.

Giró la cabeza con rapidez y, cuando volvió a mirarme, sonreía ladino.

—¿Y ella?

Seguí su mirada y me encontré con Ingrid restregándose acaramelada con Gunnar, que de espaldas a mí permanecía tenso e incómodo, y que de manera elegante se empeñaba en evitar los continuos asaltos de los que era presa.

—Otra babosa de discoteca —mascullé indignada—. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a arrancar una garrapata.

—No.

Lo miré boquiabierta y sentí cómo la llama de ira crecía en mi interior peligrosamente. No quería estropear la reunión, pero tampoco estaba dispuesta a permitir más ofensas.

—¡Suéltame! —exigí en voz queda.

—Cuando acabe la canción, no antes.

—¿Quién demonios te crees? —siseé, aún luchando por mantener el control.

Yusuf pegó su frente a la mía y clavó sus oscuros ojos en los míos. Sus fuertes brazos me inmovilizaban.

—¿Quién demonios crees tú?

Mi corazón dio un vuelco; sentí como si una garra helada lo estrujara con fuerza. No, me dije, no podía ser. Incapaz de moverme, de hablar e incluso de respirar, lo vi ante mí con claridad pasmosa. Aquel que fue mi esposo y mi verdugo, aquel que perdoné. El rostro de Yusuf se fue convirtiendo progresivamente en el de Rashid.

No, sacudí confusa la cabeza; mi estómago se convulsionó.

¡No!

Mi mente comenzó a girar alocadamente en un remolino de imágenes desgarradoras. Lo vi pidiendo mi mano, en nuestra noche de bodas, disfrutando del frescor del patio interior en las noches estivales, paseando acaramelados por las callejuelas de Toledo, luchando contra los normandos en aquella lejana Sevilla, suplicando desesperado mi regreso en aquella pequeña cala en Aalborg. Vi su expresión rota de dolor cuando le confesé que amaba a otro hombre, vi cómo me mancilló en aquel barco, cómo se aferraba a mí en su locura, manipulado por la horrible Ada, lo vi sobre mí mientras Gunnar luchaba a muerte contra Ulf, vi su rostro compungido y suplicante, su despedida.

De pronto fue como si el suelo se abriera a mis pies. Todo me daba vueltas, la música se distorsionó, el único sonido que atronaba en mi cabeza eran mis propios latidos, acelerados y desacompañados.

—Vine por ti, mi dulce Shahlaa...

Grité y caí al abismo, era oscuro y opresivo, pero reconfortante.

Capítulo 5

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fueron dos gemas verdes angustiadas, y un rostro preocupado. Oí un murmullo de voces pastosas que se solapaban, vi rostros algo desdibujados, extrañamente variopintos, conformando un segundo plano. Parpadeé, mi vista se aclaró.

—Amor mío, ¿estás bien?

Su voz, constreñida por el desasosiego, activó una respuesta automática en mí: sonreí.

Descubrí que estaba tendida en el mullido *chaise lounge* donde solía leer, que alguien me abanicaba efusivamente, que una mano pequeña y suave sostenía la mía y que otra más grande y curtida se posaba en mi frente.

Asentí algo confusa. Me reclinaron ligeramente y me ofrecieron un vaso de agua.

—Gracias —murmuré—, estoy bien.

Bebí agradecida; el frescor acarició mi garganta, reconfortándome.

De repente la nebulosa que me envolvía desapareció y recordé con nitidez lo que había provocado el desmayo.

Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor, buscándolo. De nuevo sentí mi corazón galopando en mi pecho.

Localicé a Yusuf tras Elena, que de rodillas en la alfombra era quien tomaba mi mano.

Vi en sus apuestos rasgos árabes franca preocupación y un genuino asombro. Ya no era Rashid, su mirada era clara, sin matices inquietantes.

¿Qué demonios me había pasado?

¿Me había llamado Shahláa realmente?, ¿o todo había sido una visión engañosa por su parecido con Rashid? Seguramente fue su cercanía lo que había abierto de manera tan atroz el baúl de mis añejos recuerdos. Mi mente me había jugado una mala pasada; debía creer eso o no podría reprimir las ganas de meterlo en un avión y alejarlo de mi vida, perdiendo con ello a mi mejor amiga.

—Menudo susto nos has dado, guapa —reprochó Elena—. Tenías que haber visto la cara de espanto que puso Yusuf cuando te desmayaste en sus brazos. Yo justo entraba cuando te oí gritar.

—Yo... yo no sé qué me ha pasado —musité algo avergonzada.

—Fue justo en un giro del baile —explicó Yusuf—. Me mirabas de una forma extraña, parecías enfadada, luego gritaste y te desvaneciste.

Busqué la mirada de Gunnar; vi con pasmosa claridad que había adivinado el motivo de mi desmayo. Miraba ceñudo a Yusuf; su entrecejo mostraba disgusto, una honda preocupación, y en sus facciones había una expresión que hacía doce siglos

que no veía: una belicosidad fría y mortal, la cara de un guerrero preparándose para la batalla.

—Por favor, no ha sido nada, el cansancio me ha jugado una mala pasada, que continúe la fiesta.

—Ni hablar —contravino Gunnar—. Ahora mismo te meto en la cama, estás lactando, cariño; necesitas tranquilidad y descanso, ha sido un día largo.

Se giró hacia el hombre canoso que tenía a su derecha y agregó:

—Lars, por favor, échale un vistazo antes de que la suba al cuarto.

—Por supuesto, amigo.

Gunnar le dejó su lugar y Lars, con semblante profesional, me tomó la muñeca con la palma hacia arriba presionándola ligeramente con dos dedos, al tiempo que fijaba con atención la mirada en su reloj de pulsera.

—Su frecuencia cardíaca es completamente normal —musitó al cabo—, ha recuperado el color y no parece tener problema en centrar la mirada. Aparentemente todo está bien, pero para mayor tranquilidad pásalos mañana por mi consulta.

—Sí —intervino su mujer—. Puede que esté embarazada de nuevo, parece una lipotimia.

—Tora, no puedes hacer juicios tan a la ligera —recriminó Lars—. Y menos tan indiscretos.

La mujer torció el gesto, fulminando a su marido con la mirada.

—Sería una noticia maravillosa, ¿verdad querida? —se defendió buscando mi apoyo.

—Sí, pero una noticia que deberían dar ellos —musitó Hildur, que permanecía algo más alejada con mirada pensativa y extraña.

—Es tarde —repuso Lisbet con sonrisa dulce—, será mejor que nos retiremos. Ha sido una velada maravillosa; mañana te llamaré, Vicky.

Sven, su marido, palmeó la espalda de Gunnar, que todavía permanecía tenso.

—Lisbet lleva razón, gracias por tan agradable velada; ahora cuida de tu adorable mujercita, amigo mío, mañana nos vemos.

Gunnar le estrechó la mano y asintió con semblante taciturno.

—No dudes de que lo haré, Sven, no vivo para otra cosa y gracias por acompañarnos en este día tan especial.

La pareja se despidió de todos y se marchó. Seguidamente Lars y Tora los imitaron.

Me incorporé con cuidado; inmediatamente Gunnar me tomó por los hombros.

—Estoy bien, cariño, de veras, puedo levantarme sola —argüí confiada—. Y necesito una copa y charlar un rato, no... no quiero retirarme todavía.

Gunnar entrecerró los ojos y me observó todavía intranquilo, pero asintió y se encaminó hacia el mueble bar.

—Voy a buscar a Ingrid —anunció Hildur—, dijo que iba a hacer una llamada, pero hace ya un buen rato que salió.

Britta y Elena me flanquearon a ambos lados del sofá, mientras Yusuf desaparecía de la sala tras Hildur, afirmando que necesitaba un cigarrillo.

—No me extraña que te marearas, querida —dijo Britta—; después de ese bailecito con tu marido, seguro que toda la sangre se te agolpó en un solo sitio, dejándote la

cabeza sin riego.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja... Madre del cielo, eres más bruta que yo —aseveró Elena entre carcajadas.

Reí con ellas, sintiendo cómo mi inquietud se aligeraba.

—Si mi Knute me dedicara uno de esos bailes... —suspiró divertida—, primero, me derretiría de gusto y en vez de morder la almohada, me lo comería enterito, y segundo...

—Te despertarías —la interrumpió Elena muerta de la risa.

Britta estalló en una abrupta carcajada.

—Oh, cielos... ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Sí... —logró musitar entre risotadas—. No me lo imagino contoneándose así... Es más tieso que una vara.

—Eso no es malo —murmuré, ya rendida a la risa.

Ambas se reclinaron entre carcajadas, limpiándose fútilmente las lágrimas.

Gunnar me acercó un vaso cuadrado con dos dedos de güisqui, sin hielo, como me gustaba.

Esta vez sonreía abiertamente; miró agradecido a Elena y Britta y se alejó junto a Knute, que paladeaba un gintónic frente al ventanal de la esquina.

Me llevé el borde del vaso a los labios; el aroma dulzón e intenso del güisqui me asaltó.

—Mi caso es a la inversa —comenzó Elena—. Yusuf se ha empeñado en que baile para él, y nada menos que la danza del vientre, como si eso...

Ya tragaba cuando aquellas palabras cerraron mi garganta. Tosí violentamente y de inmediato Elena me palmeó la espalda.

—Hoy no es tu día, diablos, Vicky —adujo Elena—. Parece que te haya mirado un tuerto.

Britta arqueó sorprendida las cejas; un brillo socarrón asomó a sus ojos.

—¿Un tuerto?

—Sí, eso decimos en mi país cuando tienes muchos incidentes seguidos, es como una racha de mala suerte.

Britta asintió divertida.

—¿Te... te hace bailar? —inquirí sintiendo cómo el ardor del licor revolvía mis jugos gástricos.

—Sí, hasta me compró un vestido de odalisca, si a cuatro velos puede llamársele vestido, claro.

—¿De... qué color?

Elena me miró extrañada, frunció el ceño preocupada y puso su mano en mi frente.

—Estas muy rara, ¿seguro que te encuentras bien?

Asentí, aunque adivinaba que había vuelto a palidecer.

—¡Contesta!

Elena miró a Britta sorprendida, después se dirigió a mí.

—Tengo dos, uno azul intenso oscuro, casi añil, y otro azafrán, como mi pelo; se vuelve loco cuando me los pongo, creo que Rona ya dio fe del encuentro.

Britta volvió a reír.

Respiré hondamente y me puse en pie, rezando porque mi voz no revelara el terror

que me dominaba.

—Necesito algo de aire, ahora vuelvo.

—¿Te acompaño? —preguntó Elena confundida por mi extraña actitud. Forcé una sonrisa tranquilizadora.

—No, quédate con Britta, será sólo un momento; además, necesito ir al baño.

Gunnar ya se dirigía hacia mí cuando lo frené con una sonrisa.

Salí de la casa con el corazón en la garganta y las lágrimas pugnando por salir. Cuanto antes lo enfrentara, mejor; sabía que me llamaría loca, que lo negaría todo, o eso creía, pero estaba decidida a poner las cosas en su sitio.

Los ladridos de *Thor*, nuestro inmenso terranova negro, me desconcertaron; provenían del acantilado. No solía ladrar por las noches; dormía en la cocina, sobre una alfombra tejida por Rona. ¿Qué hacía en el exterior?

La fría brisa nocturna acarició mi rostro, me abracé y aceleré el paso. No era fácil andar con tacones entre la fragante hierba; afortunadamente una gran luna plateaba los parajes, iluminando mi camino. Los ladridos cada vez eran más intensos y agudos, casi como aullidos.

—¡Thor! —grité.

Una pausa y de nuevo ladraba como alma en pena.

Lo encontré justo al borde del acantilado, andando de un lado a otro, inquieto y nervioso.

Aquella mole negra se recortaba contra el azulado firmamento.

—¡Thor! —me agaché para recibirlo y él acudió con vehemencia; lo abracé y lo acaricié mientras él jadeaba junto a mi cuello.

—¿Qué te ocurre, precioso? Shhhh... Tranquilo, ya estoy aquí.

Me erguí e intenté empujarlo por el collar, pero el animal no se movió ni un ápice; su gran cabeza peluda miró hacia el acantilado y gimió lastimero.

—*Thor*, vamos, regresemos a casa, ¿qué te pasa?

Me acuclillé frente al perro y le acaricié el morro y el pecho.

—¡Cálmate, todo está bien!

Dulcifiqué mi tono, aunque la opresión de mi pecho se intensificó con una señal de alarma que se agudizaba por momentos.

Thor siguió gimiendo; sus enormes ojos castaños se clavaron en los míos con una intensidad extraña.

Me puse en pie e inspeccioné con curiosidad el borde del acantilado.

Abajo relucía la superficie del lago con el resplandor marfileño de la luna. Varios veleros se mecían sobre sus aguas; sus luces iluminaban apenas la noche. La negrura de las majestuosas montañas se recortaba contra un cielo punteado de estrellas.

De repente oí a *Thor* gruñir tras de mí; me giré hacia el animal sobresaltada y me encontré la figura de un hombre inmóvil. Estaba a unos pasos, contemplándome.

—Parece un lobo en vez de un perro. ¿Es peligroso?

La voz de Yusuf alertó todos mis sentidos. Sentí cómo me latía una vena en la sien, tragué saliva y me acerqué a *Thor*.

—Mucho, casi tanto como yo —murmuré luchando contra mis ganas de gritar y correr. El terror me invadió; combatí para sofocarlo.

—Te vi salir de la casa y te seguí —confesó.

—¡Lárgate, si no quieres que ordene a *Thor* que se lance sobre ti!

—¿Qué te pasa conmigo? —preguntó en tono suave—. Necesito saberlo, yo... tampoco sé lo que me pasa contigo...

—Sé quién eres, me llamaste Shahlaa...

El hombre asintió; la piel se me erizó, la angustia convirtió mi estómago en un volcán en erupción y mi corazón en un martillo que atronaba ensordeciéndome.

—Pero no sé por qué —musitó cogitabundo—, no sé por qué no puedo apartar mis ojos de ti. Te juro que amo a Elena, llevo en la maleta un anillo de pedida, pensaba dárselo aquí. Pero tú... —su voz sonó apesadumbrada, con un deje amargo y asombrado—... no sé qué diablos me pasa desde que llegué... no sé qué jodido hechizo ejerces... pero sea lo que sea te ruego que me liberes.

—¿Por qué obligas a Elena a que baile danzas árabes para ti, por qué elegiste los vestidos de esos colores en particular?

El hombre sacudió la cabeza, parecía realmente abatido y confuso.

—No lo sé, es una predilección y... ¿joder, qué tiene eso que ver?

Tragué saliva, aquello no podía estar pasando, Yusuf todavía no lo sabía, pero su antiguo yo comenzaba a emerger.

—¿Por qué pronunciaste ese nombre?

—¿Shahlaa? Pues... no lo sé, es un nombre que me viene a menudo a la cabeza, ni idea de por qué, imagino que debí escucharlo en algún sitio y se me fijó.

Dio un paso hacia mí. Retrocedí.

—Creo que tú sabes lo que me está pasando, y quiero que me lo digas.

Abatió los hombros e inclinó la cabeza, las sombras cubrieron su rostro.

—He soñado con tus ojos muchas veces, mucho antes de verte en la estación —admitió compungido—. No te conozco de nada; sin embargo, cuando te vi con tu gigante, bailando tan... sensual, deseé arrancarte de sus brazos, deseé...

Su voz se perdió en la noche, en un silencio que gritaba su verdad.

—¡Maldita sea! —proferí furiosa, ya no con él, sino con el condenado destino, con esa rueda que giraba a través de los tiempos, utilizando las mismas almas para su cruel juego.

—Es mejor encender la luz que maldecir la oscuridad; ilumíname, te lo suplico.

Aquello me derrumbó, las lágrimas escaparon de mis ojos, los sollozos rompieron mi garganta.

Yusuf hizo ademán de acercarse.

—¡No te acerques a mí, ni se te ocurra tocarme!

Thor, ante la crispación de mi voz, se lanzó sobre Yusuf.

El hombre gritó cuando aquella enorme bestia negra como la noche lo derribó sobre la hierba. Corrí hacia ellos e intenté que *Thor* soltara su presa; afortunadamente, Yusuf había interpuesto su antebrazo en la mordida.

—¡Suéltalo, *Thor*!

Lo cogí del collar y tiré con todas mis fuerzas; el perro cedió, liberó sus fauces y huyó a la carrera. Me acerqué a Yusuf, que, jadeante, intentaba incorporarse.

—¡Joder, me ha mordido!

—Déjame que vea la herida.

Se remangó con cuidado; tenía la marca del mordisco y sangraba.

—Tendrá que verte un médico, aunque no parece profunda.

Ya me retiraba cuando me sujetó el brazo.

—¡No necesito un médico, necesito una respuesta!

Sostuve su mirada; descubrí que tenía más miedo que yo.

—No voy a darte una respuesta, pero sí una solución. Marchaos, aléjate todo lo posible de mí, intenta hacer feliz a Elena y sobrelleva como puedas tus recuerdos.

—¿Recuerdos?

Asentí, me sequé las húmedas mejillas y tragué saliva; de repente me sentí muy cansada.

—No son sueños los que te atormentan, sino recuerdos. Te pido que no le digas nada de esto a Elena, mantengámosla ajena a todo, no quiero que sufra.

—Tampoco yo.

Respiré hondo y me dispuse a regresar, cuando de pronto me encontré entre sus brazos.

—Siento que te amé profundamente, pero también que te provoqué un gran dolor. ¿Quién eres?

—Fui Leonora, pero también Shahlaa, ambas murieron, sólo ha vuelto Freya. Hice un pausa. Su mirada azabache brillaba iluminada por su convulso fuero interno—. Tú fuiste Rashid, mi esposo, al que amé, odié y compadecí, pero también al que perdoné.

—Esa frase... mi dulce Shahlaa... la tengo escrita en mis cuadernos, y la repetía sin cesar como si fuera un mantra o una azora coránica. A veces pensaba que estaba enloqueciendo.

Sacudió la cabeza contrito, y se pasó las manos por su espesa melena bruna.

—Voy a darte un último consejo: no te aferres al pasado, vive tu presente y lucha por tu futuro.

—Elena merece que lo intente —musitó.

Aquellas palabras lograron que respirara con normalidad.

—Invéntate algo, pero mañana tenéis que coger el avión de vuelta.

Asintió y me soltó.

No lo miré, me encaminé a la casa. Oí su voz a mi espalda.

—Adiós, Shahlaa..

Cerré los ojos. Intenté cerrar mi corazón al dolor, pero no lo conseguí.

Capítulo 6

Era noche cerrada, una lechuza ululaba, el silbido del viento se filtraba entre las ramas, arrancando hojas moribundas. A lo lejos... un aullido escalofriante. Palpé el colchón a mi lado, buscando un cuerpo cálido, pero sólo hallé una fría ausencia. Me incorporé extrañada, miré la cuna que había a mi derecha, estaba vacía. Sobresaltada, salí de la cama.

Corrí, corrí entre los troncos de los árboles, entre lúgubres sonidos nocturnos, entre la gelidez que agujoneaba mi piel. Mis pies descalzos se hundían entre la húmeda hojarasca seca, entre helechos suaves y ramas rotas. Llegué a un maltrecho cercado... De nuevo ese aterrador ulular, de nuevo los aullidos, esta vez más cercanos. Corrí apremiada por un miedo primario, corrí buscando con desesperación, tropecé con una piedra y caí. Ante mí, dos lápidas, una más pequeña que la otra; mi búsqueda cesaba, mi corazón lo sabía. Retiré temblorosa la hiedra que las cubría... Eran ellos... mi esposo y mi hijo... esperé al lobo que ya se aproximaba, sentí en mi espalda sus ojos amarillos, él me llevaría con ellos... Me giré hacia la bestia, la luna destelló en sus colmillos, que ya salivaban. El hedor de su aliento precedió su ataque; justo cuando me doblegaba a la muerte, un voz llegó hasta mí... ¡Lucha!

Abrí los ojos empapada en sudor; respiraba agitadamente y el corazón golpeteaba con violencia mi pecho. Me incorporé con la ansiedad y el terror tensando todos mis músculos; conteniendo la respiración, me giré hacia él.

Gunnar, que en ese momento parpadeaba somnoliento, vislumbró mi pánico e inmediatamente se sentó en la cama y me tomó entre sus brazos.

—Sólo es una pesadilla, amor mío, estoy aquí, siempre estaré —susurró al tiempo que frotaba suavemente mi espalda.

Poco a poco, mis latidos se acompasaron y el pánico se disipó. Me arrebujé en su amplio pecho y cerré los ojos. Su aroma, su calidez, su dulzura, fueron el bálsamo que necesitaba.

—Freya, estás temblando.

Comenzó a frotarme más vigorosamente la espalda y se ahuecó sobre mí, cubriéndome con sus poderosos brazos, como si me protegieran las alas de un hermoso halcón.

Apoyó su barbilla en mi cabeza y continuó arrullándome con susurros melosos y palabras tranquilizadoras.

—Sé por qué estás tan alterada —pronunció de pronto, con un deje de inquietud en su todavía enronquecida voz.

Se separó apenas de mí y me observó con preocupación.

—Cuando bailaste con Yusuf, fue Rashid quien acudió a tus recuerdos, te... viste entre sus brazos, por eso te desmayaste, ¿me equivoco?

Negué levemente con la cabeza, pero no lo miré a los ojos, centré mi atención en un punto justo bajo la base de su cuello. No quería que viera la verdad de lo que realmente ocurrió anoche.

Cuando Yusuf regresó a la casa herido, dijimos que *Thor* lo había atacado porque estaba alterado con la fiesta y lo tomó por un asaltante nocturno. Rona lo curó y Elena lo mimó. Gunnar, en cambio, lo había mirado con recelo y, meditabundo, evitó comentar nada, ni siquiera pidió disculpas por el comportamiento del perro, tuve que hacerlo yo. Aquel incidente ya sí puso el broche final a la fiesta. Cuando los invitados se retiraron, musitó un seco «buenas noches» a Yusuf y a Elena, que todavía permanecían acaramelados en el sofá, me alzó en brazos bajo la intensa mirada celosa de Yusuf y me subió a nuestra habitación.

Nada dijo, tan sólo me desnudó con apremio, con una expresión extraña y oscura en su rostro, y me hizo el amor con salvaje impaciencia, con una intensidad abrumadora, más bien como el macho que marca a su hembra, como el animal que reclama a su presa, como una desgarradora proclama: mía, decían sus embistes, su mirada y sus besos.

—¡Mírame! —exigió.

Posó el dorso de su dedo índice en mi barbilla y la alzo con suavidad. Obedecí.

—¡Mierda! —profirió alterado—. Lo sabía, lo intuí. Anoche vi cómo te miraba, cómo te buscaba, es... ¡joder, es él!

—Todavía no —musité abatida—. Está empezando a recordar, no sabe bien qué le está pasando.

Se apartó ofuscado, apresó mis hombros y me clavó su furibunda mirada.

—¿Has hablado con él... de esto? —tronó.

Sólo me atreví a asentir, me mordí el labio inferior y hundí el cuello, encogiéndome.

—¡Maldita sea su alma inmortal! ¡Debía estar pudriéndose en el infierno! ¡Joder!

Se levantó de la cama y, completamente desnudo, comenzó a pasearse furioso por la habitación. Tenía los puños apretados, los brazos tensos, la cabeza levemente inclinada, el ceño como una oscura nube de tormenta, los labios apretados, y mascullaba improperios sin cesar entre dientes.

Como un soberbio león enjaulado, de formas subyugantes, mostraba su genio y su frustración de manera temible; no obstante, causaba tal influjo que no pude más que admirar la perfección de aquel cuerpo ferozmente hermoso.

Por fin se detuvo. Respiro hondo y regresó a la cama con una determinación pintada en el rostro.

—Me da igual que sea tu amiga, hoy mismo se largan —sentenció.

—Hoy mismo se marcharán, así se lo dije a Yusuf.

Su mirada se oscureció, los celos empañaron su semblante.

—Cuéntame lo que paso entre vosotros, ¿intento... besarte? —Pronunció la última palabra con voz estirada, como si la hubiera tenido que arrancar de su garganta.

—No, estaba confuso, asustado. Me dijo que sentía una rara atracción por mí que

no comprendía, puesto que ama a Elena, y que el nombre de Shahlaa de alguna incompresible manera se había fijado en su mente. Rashid resurge en él, pero Yusuf todavía domina la situación. Le dije que debía alejarse de mí de inmediato. Eso es todo.

Gunnar no pareció muy convencido.

—Entonces, ¿por qué lo atacó *Thor*? Seguramente intentó algo y...

Esta vez fui yo la que sujetó su barbilla.

—No, no me besó, ¿me oyes? Aparta esa imagen de tu cabeza, *Thor* le atacó porque me asusté y le grité que se alejara de mí.

—Será mejor que no baje a desayunar, no quiero encontrármelo, porque si lo veo... no sé cómo reaccionaré.

Se tumbó en la cama y a mí con él. Aterricé en su pecho; automáticamente sus brazos me envolvieron y besó mi frente.

—Esta vez no pienso permitir que el destino malogre nuestra felicidad, esta vez no —musitó vehemente—. Nada ni nadie, ni la jodida providencia, ni los putos karmas, nada va a separarme de ti. Ya sufrimos lo indecible, esta vida es nuestra recompensa, y haré más de lo que esté en mi mano para demostrarlo.

¿Por qué?

Esa pregunta me había estado rondando toda la noche. ¿Por qué Rashid quería volver? ¿Para recuperarme? Ahora que sabía que, una vez más, mi alma y mi corazón le estaban vedadas, ¿qué haría? ¿Aceptar lo que doce siglos atrás fue incapaz de asumir?, ¿o volvería a cometer una locura?

Un escalofrío me recorrió la médula espinal, me envaré y me abracé con fuerza al pecho de Gunnar.

Bajo una nube de inmenso amor en forma de caricias, susurros y toda clase de arrumacos, volví a dormirme con un solo ruego en mi mente... Dios mío, aleja a Rashid de nosotros...

Un gran orbe amarillento y misterioso asomaba entre retazos de oscuras nubes desgarradas, que más parecían harapos deshilachados. Su mortecino resplandor marfileño bañaba un bosque lóbrego, de árboles sin hojas, con ramas huesudas que se alzaban de forma espeluznante, como clamando su dolor a la majestuosa luna, que las miraba indiferente.

Corría envuelta en lágrimas, seguida por una hambrienta bestia negra. Sólo oía mi respiración entrecortada, los crujidos de las ramas secas bajo mis pies descalzos y la veloz carrera de cuatro pezuñas que ganaban terreno.

No tardaría en darme alcance, el cansancio comenzaba a lastrarme. Cada respiración se asemejaba a inhalar bocanadas de fuego; mis pulmones sufrían, mis rodillas flaqueaban, el terror bombeaba mi corazón, mis sentidos se afinaban y mi determinación se afirmó.

Lucharía.

Busque a mi alrededor, localicé una rama, larga y gruesa, la tomé con apremio y me detuve frente a un gran tronco, pegando mi espalda en su rugosa superficie.

El lobo se detuvo frente a mí.

Clavó sus dorados ojos en los míos y aulló a la luna.

Ajusté bien mis dos manos en torno a la base de la rama y la alcé por encima de mi cabeza. Estaba preparada, apreté los dientes y esperé.

A mi mente acudieron dos voces. Una me gritaba que me rindiera, que ellos estaban muerto; la otra, que luchara. Las dos me atormentaban.

Sofiqué un sollozo, las lágrimas inundaron mis ojos, un puñal invisible entraba y salía de mi corazón. La visión de sus lápidas me hizo bajar los brazos, hundí los hombros y gemí de dolor.

Otros aullidos se sumaron al de mi perseguidor. No llamaba a la luna, sino a su manada.

Al menos moriría cerca de donde ellos estaban...

Me incorporé entre temblores, con el corazón bombeándome a mil por hora, la garganta seca y una sensación opresiva tensando mi estómago. De nuevo miré a mi derecha, esta vez Gunnar no despertó. Dormía a mi lado, aunque parecía ser presa de un sueño no muy agradable por la crispada expresión de su rostro.

Sentí el impulso de besarlo, pero me contuve. Miré la hora y seguidamente mis ojos se clavaron extrañados en el receptor de bebés, que permanecía desacostumbradamente mudo a esa hora. Hacía casi dos horas que le tocaba la toma, pues faltaba poco para las seis.

Salí como una centella de la cama: mi pequeño Khaled poseía el gen de la puntualidad noruega; más de una vez habíamos bromeado sobre eso, su estómago era un órgano sistemáticamente metódico y exacto, a las mismas horas reclamaba su alimento. Aquel inaudito silencio me encogió el corazón.

Corrí por el pasillo como si aquellos pocos metros fueran kilómetros, abrí la puerta de su cuarto y me abalancé sobre la cuna. El azulado resplandor de la lámpara nocturna iluminó un colchón vacío.

Un gemido escapó de mis pulmones, el pánico más atroz me invadió. Posé temblorosa la palma de mi mano en la suave sabana bajera de franela verde. Estaba fría. Tal vez... tal vez... Rona...

Abandoné la habitación a la carrera con el corazón en la boca, y un amargo regusto de bilis ascendió por mi garganta.

Bajé los escalones de tres en tres, salí de la casa y enfilé hacia la cabaña de Rona y Arne. En mi dolorosa urgencia, la esperanza asomaba tímida como una luz a la que necesitaba agarrarme.

Hacía frío, pero apenas lo notaba, mi liviano camisón rosado de satén ondeaba contra mi piel en mi carrera, acariciándola con su frío tacto, como si una garra del inframundo paseará por mi cuerpo. Sentí náuseas.

Llegué jadeante al fondo de prado, donde el *hytte* rojo y blanco destacaba contra el verdor de las laderas, todavía más acentuadas por el rocío de la mañana.

Llamé a la puerta con agitada insistencia.

Una Rona completamente despierta, impolutamente vestida y escrupulosamente peinada, adornada con su sempiterno delantal, me abrió con expresión asombrada.

—¿Dónde... dón... de... está mi hijo? —logré preguntar jadeante.

La mujer abrió desmesuradamente los ojos, sus cejas se arquearon frunciendo su frente; aquella expresión desgarró mi corazón.

—Sabe perfectamente que no subo a las habitaciones hasta que ustedes bajan — repuso confundida—. Tal vez su amiga....

No la dejé terminar, nuevamente corrí hacia la casa, no era el rostro de Elena el que acudió a mi cabeza.

—¡Señora, voy con usted ! —gritó tras de mí.

A grandes zancadas entré como una tromba en la casa y ascendí a la primera planta casi sin tocar el suelo.

Un miedo primario, brutal e inclemente golpeaba cada terminación nerviosa; las pulsaciones se me dispararon, la angustia oprimía mi tripas, retorciéndolas implacablemente. Una única palabra se repetía en mi cabeza... «No, no, no, no, no, no...»

Abrí la puerta conteniendo la respiración.

Elena dormía abrazada al desnudo y lampiño pecho de Yusuf; corrí enloquecida hacia la cama y me lancé sobre él.

—¡¡¡Dónde está mi hijo... dónde, maldito?!!! —grité desahoradamente.

Y grité y grité, aülle y aülle mi dolor y mi angustia, mientras, a horcajadas sobre él, lo golpeaba.

Elena se despertó sobresaltada y se sumó a mis gritos, e intentó apartarme de Yusuf, que había abierto los ojos y me contemplaba como si fuera parte de sus sueños. Éste parpadeó de pronto e intentó frenar mis enloquecidos ataques.

Elena, llorosa y asustada, gritaba mi nombre, mientras Yusuf se zafó y consiguió inmovilizarme pegándome a su pecho en un abrazo doloroso.

—¡¡¡Tranquilízate, no sé de lo que me hablas!!! —exclamó aturdido.

—¡Suéltala!

Aquella voz grave y ronca dejó translucir un matiz peligrosamente amenazante, una frialdad mortal que detuvo aquella locura al instante. El gélido tono de Gunnar surtió efecto.

Yusuf obedeció de inmediato, pero seguía sin apartar sus ojos de mí. Elena enmudeció entre lágrimas. Puse las palmas de mis manos en el cálido pecho del hombre y, pegando mi frente a la suya, clavé mi mirada en sus ojos de obsidiana y siseé entre dientes:

—Te mataré Rashid, esta vez seré yo... devuélveme a mi hijo.

Yusuf se embebió de mi rostro con el desconcierto, el asombro y una pizca de anhelo tiñendo su semblante.

Unas fuertes manos me apartaron de él. Un poderoso pecho me cobijó, en él me derrumbé. Esta vez los sollozos tomaron el control absoluto.

Los brazos de Gunnar me sostenían, el dolor me devoraba, la furia se acrecentaba y las fuerzas me abandonaban.

De repente, Gunnar me apartó sujetándome por los hombros.

—Marchaos todas de aquí —ordenó con fiereza, sin mirarme a los ojos; su tensa expresión contenida resultaba aterradora—. Rona, llévatela y dale un tranquilizante, registrar cada rincón de la casa y llama a la policía, yo voy a empezar el primer interrogatorio.

Yusuf, temeroso, se puso en pie; tan sólo llevaba un bóxer blanco y Gunnar, sólo su liviano pantalón de pijama. Ambos se contemplaron, evaluándose.

—No sé dónde está tu hijo, no he salido de la habitación en toda la noche, Elena puede corroborarlo —adujo con voz firme.

—Y lo corroboro —repuso Elena limpiándose las lágrimas y poniéndose entre ellos—. ¿Por qué pensáis que ha sido él? ¿Qué está pasando?

—Salid todas de la habitación —exigió Gunnar de nuevo sin apartar su acerada mirada de Yusuf.

Elena se abrazó a su novio, negando con la cabeza.

—Tendrás que sacarme a la fuerza, llama a la policía si quieres, pero yo de aquí no me muevo.

—Obedece Elena —espetó Yusuf; su tono no admitía replica—. Lleva a tu amiga al salón, consuélala. Todo se aclarará, estoy seguro, soy inocente y no temo nada. Gunnar y yo... tenemos que hablar.

Elena miró esperanzada a Yusuf y asintió. Se acercó a Gunnar y, encarándolo, pronunció:

—No te atrevas a tocarlo.

Se acercó a mí y, entre ella y Rona, me sacaron de la habitación; en mi nube de dolor, supe que la tormenta se desataría en cuanto cerráramos la puerta.

Capítulo 7

Cuando una unidad de la Kongeriket Noreg Politie, o policía nacional de Noruega, hizo acto de presencia, mi estado de ánimo era ya de absoluta desesperación.

Habíamos registrado la casa y los alrededores infructuosamente, y a cada minuto que pasaba el terror aumentaba hasta niveles insoportables. Las punzadas de mis pechos plenos me gritaban que mi niño estaría pasando hambre; era un lactante, no aguantaría mucho sin alimento, a menos que su secuestrador lo alimentase con leche artificial.

Gunnar, vestido, con la cara magullada y los nudillos despellejados, estaba sentado en el sofá a mi lado, abrazándome, asegurándome que aparecería, que estaba bien, que él me lo traería.

Elena, que había estado aporreando la puerta mientras la pelea que se desarrollaba en el interior hacía retemblar las paredes, lloraba de frustración y rabia al oír las dolorosas exclamaciones y los gruñidos sofocados. Cuando Gunnar por fin salió del cuarto de invitados, Elena lo maldijo y se adentró en la estancia, y allí seguían, encerrados y dándose consuelo, imaginaba.

Gunnar tenía los nudillos ensangrentados, un corte en el pómulo y un moratón en la mejilla. Sin embargo, tuve la certeza de que Yusuf habría salido bastante peor parado.

Dos hombres se acercaron a nosotros. Uno era alto y corpulento, con una barriga prominente que ocultaba el cinturón de su pantalón, de escaso pelo gris y mirada azul, despierta y aguda. El otro era más alto todavía, pero delgado, y mucho más joven. De cabello trigueño, perfectamente peinado hacia atrás, inquisidora mirada azul hielo, rostro anguloso y atractivo. De repente tuve la certeza de que lo había visto antes, pero no supe ubicar el recuerdo.

El hombre me miró con extraña fijeza y se adelantó ofreciéndome su mano.

—Soy el detective Hans Berg, de desaparecidos, y mi compañero Rolf Jacobsen.

Me limité a asentir mientras le estrechaba la mano; la tenía fría.

—Mis hombres están rastreando la zona e interrogando a los vecinos, tenemos que tomar las huellas dactilares, también necesitamos una foto del pequeño. ¿Está en condiciones de contestar mis preguntas, señora Jensen?

Asentí de nuevo, aunque la respuesta no era afirmativa.

—¿A qué hora se dio cuenta de la desaparición?

—A las 5.45. —Mi voz sonó extraña, rota y cansada—. Suele despertarme sobre las cuatro para su primera toma.

El detective escribía apresuradamente en un pequeño cuaderno, mientras su compañero emprendía las diligencias.

—¿No oyó el despertador?

—Mi despertador era él, en cuanto... gimoteaba por el receptor, acudía a su lado. La angustia de nuevo me oprimió la garganta.

—¿Siempre a la misma hora?

Asentí y me limpié las lágrimas. Gunnar me oprimió contra él, lo miré: tenía el rostro distendido por el dolor, pero se esforzaba por mantener el control.

—Señor Jensen —espetó el inspector Berg—, tengo entendido que anoche hubo una fiesta, necesito los nombres de los invitados para interrogarlos. ¿Hay alguien más en la casa?

—Una pareja de amigos que llegaron ayer por la mañana. Sospecho de él.

El inspector lo miró con el ceño fruncido, pasó la página de su cuaderno y estudió con atención a Gunnar.

—¿Por algún motivo en especial?

—Anoche en la fiesta desapareció un buen rato, nuestro perro lo atacó en el exterior —respondió.

—¿Dónde está ahora?

—En el cuarto de invitados, en la primera planta.

El detective hizo un gesto a dos policías uniformados e inmediatamente ascendieron las escaleras.

Al cabo, posó su hierática mirada sobre mí.

—¿A qué hora vio a su hijo por última vez?

Tuve que tragar la invisible bola de metal rugoso que parecía atascada en mi garganta para contestar.

—Antes de la fiesta, cerca de las ocho de la noche, le di la última toma del día. Rona tenía el receptor en la cocina y estuvo pendiente durante la fiesta, por si... me reclamaba. Cuando subí a dormir, cerca de la una de la madrugada, me asomé a su cuarto, dormía... él... suele... dormir toda la noche... y...

Las palabras se me atoraron en la garganta, disueltas en un océano de angustia y rabia. Había rechazado el tranquilizante, porque quería estar plenamente consciente de lo que pasaba a mi alrededor, aunque ahora el dolor que me sacudía hacía replantearme esa decisión.

—Entiendo —se limitó a musitar, al tiempo que inclinaba su cabeza y garabateaba en ese manoseado cuaderno.

—Voy a serles lamentablemente sincero, señores Jensen: las primeras veinticuatro horas son cruciales en los casos de desapariciones; en este caso es obvio que se trata de un secuestro, por lo que hay tres vías a tener en cuenta. Una, que su hijo haya sido secuestrado para comerciar con él; otra, que lo utilicen para pedir un rescate, imagino que cuantioso, y la última y a mi parecer más... trágica: que la persona que se ha llevado a su hijo lo haga por motivos personales, venganza, odio, envidia... ¿Tienen algún enemigo o algún problema del índole que sea con alguien de la comunidad?

Me fue imposible contestar, sollozaba desconsolada contra el hombro de Gunnar.

Qué ilusa pensar que el destino nos liberaría de su injustificada crueldad. Tuve ganas de gritarle a ese hombre frío y extraño, de gritarle que no, que todos los odios, venganzas y envidias habían quedado enterrados en un siglo lejano, aún sabiendo que parte de lo enterrado había resurgido anoche... ¿Tan cruel era el alma de Rashid?

¿Tanta era su locura? ¡Por Dios santo, si me había pedido perdón! Y lo había despedido concediéndoselo.

Unos pasos se acercaron a nosotros, no fui capaz de alzar la mirada.

—No tengo enemigos —comenzó Gunnar con la voz temblorosa; carraspeo y prosiguió con algo más de control en su tono—, al menos reconocidos, alguna rivalidad profesional, pero por supuesto nada de relevancia, nada que justifique... algo... así.

—Tomen asiento—masculló el ayudante, Rolf Jacobsen, dirigiéndose a Elena y Yusuf, que acababan de entrar en el salón.

Elena corrió hacia donde nos encontrábamos, se acuclilló frente a mí y me tomó la mano. La miré.

—Amiga, no sabes cuánto me duele todo esto, sé fuerte, lo encontraremos, ya verás. —Su rostro húmedo de lágrimas y desfigurado por el dolor escondía una súplica—. Sólo te pido que no condenes a un inocente sin motivos ni pruebas. Yusuf es incapaz...

—Te han dicho que te sientes.

La voz de Gunnar, fría y hueca, tronó en la estancia con la violencia de un relámpago silenciando de inmediato a Elena. Se alzó lentamente, derrotada, y me miró con una mezcla de confusión, compasión y pena. A Gunnar le regaló una mirada airada; luego sus enrojecidos ojos se posaron en Yusuf, pero éste se limitaba a mirarme con expresión indescifrable.

Su moreno rostro mostraba en cada golpe la ferocidad de mi vikingo. Una furia ancestral contra Rashid tan sólo adormecida y que, ahora, con aquel fulminante golpe, despertaba en todo su vigor. Casi me asombró que Yusuf hubiera conseguido salir vivo de aquel cuarto.

Tenía el labio superior partido, sanguinolento y grotescamente inflamado. Su ojo izquierdo, completamente cerrado, había duplicado su tamaño y empezaba a oscurecerse en un sombrío tono violáceo. Presentaba otro corte en la nariz, en el pómulo derecho, y moretones en ambas mejillas. Su estado era lamentable. Se había sentado en el sofá de en frente, ahogando un quejido. Posó su mano en la parte izquierda del tórax con cuidado; dolorido, se inclinó sobre sí mismo, sin apartar su mirada de mí.

—Veo que el señor Jensen ha comenzado los interrogatorios por su cuenta —murmuró perplejo el inspector. Lanzó una mirada condenatoria a Gunnar y se dirigió a Yusuf.

—Será mejor que lo llevemos al hospital, allí le harán un parte de lesiones, porque supongo que querrá poner una denuncia por... esta salvaje agresión.

El inspector apretó los labios y miró a Gunnar con evidente desaprobación.

—Estoy bien —mintió Yusuf, con una mueca dolorosa. Su labio superior se hinchaba por momentos—. No pienso denunciar a Gun... al señor Jensen.

El inspector miró a su compañero y sacudió la cabeza reprobador.

—Creo que se equivoca, señor...

—Yusuf ibnSarîq —respondió cortante—. Inspector, creo que debería concentrar toda su energía en encontrar al bebé, cada minuto que pasa es esencial. Colaboraré de buena gana en lo que precisen, si debo acompañarlos... —Miró preocupado a Elena,

que descompuesta se enlazaba a su brazo casi con desesperación.

—De momento me conformaré con que responda a algunas preguntas. ¿A qué hora sucedió el incidente del perro?

—Bien entrada la medianoche —respondió—. Si me pide que concrete, me atrevería a decir que posiblemente cerca de la una de la madrugada.

—¿Acababa de conocer a los señores Jensen?

Yusuf asintió.

El inspector Berg arrugó meditabundo el ceño y releyó su libreta con interés. Acto seguido, escrutó concienzudamente a Gunnar y a Yusuf, intentando descifrar sus semblantes.

—Bueno, señores, es evidente que me ocultan algo. —Dirigió su gélida mirada hacia Gunnar y, tras una breve y tensa pausa, añadió—: Señor Jensen, si desea encontrar a su hijo cuanto antes, le aconsejo que sea absolutamente transparente en sus declaraciones, hasta el más insignificante detalle puede resultar asombrosamente esclarecedor. A partir de ahora imagine que soy su padre confesor.

Gunnar le sostuvo la mirada con la cabeza erguida; la rigidez de sus hombros reflejó la tensión que contenía.

—A la hora en la que el señor IbnSarîq fue atacado por el perro, su hijo dormía en su cuna. El intervalo horario en el que sitúo la desaparición de su hijo es entre la una y las cuatro de la madrugada, aproximadamente. Ciertamente que el señor IbnSarîq tuvo acceso al bebé a esas horas, pero su convencimiento de que es el culpable, no hay más que ver su brutalidad sobre él, requiere de un móvil. Nadie comete un delito sin una motivación. Si acababan de conocerse, ¿cómo explica tanta animadversión?

—Desea a mi esposa —respondió Gunnar, ciñéndome más contra él.

Elena abrió los ojos desmesuradamente. Muda de asombro, me miró e indagó en mi rostro; me derrumbé más, si acaso aquello era posible.

—¿Os habéis vuelto locos? —nos increpó casi al borde del histerismo.

Yusuf posó la mano derecha en su rodilla y la presionó ligeramente. Elena lo miró envuelta en una neblina de indignación y confusión, que se acentuó cuando el hombre que amaba negó con la cabeza en completo abatimiento, pidiéndole silencio con su mirada. Parecía decidido a asumir el peso del mundo entero sobre sus hombros.

—¡No pienso permitir más injurias contra él! —bramó Elena, poniéndose de pie con brusquedad.

El inspector hizo un gesto a su ayudante, y éste se acercó a Elena.

—¡Cálmese, señorita! Todo se aclarará, es una situación dura para todos, pero le ruego calma.

Hans Berg estudiaba cada uno de nuestros gestos, buscando en nuestro silencio las respuestas que no dábamos. Pero ¿cómo explicarle a ese hombre nuestro pasado? ¿Cómo contarle que el amor era capaz de traspasar la mortalidad, que prevalecía a través de los tiempos, pero que tras él habían viajado también sentimientos ponzoñosos y vengativos? La reencarnación no sólo estaba supeditada a almas nobles, no, la maldad viajaba, obcecada en su objetivo de tortura y rencor. Unas almas buscaban purificarse a través de distintas vidas, otras se enquistaban, sorteando de alguna manera el supuesto infierno de los condenados, para perfilarse en una maldad perpetua.

Recordé una creencia del hinduismo sobre este tema que decía que las reencarnaciones sucesivas estaban regidas por la ley del kármā, acumulación de méritos y deméritos a través de las encarnaciones precedentes. Éstas no cesarían hasta que se rompiera la cadena de los efectos y las causas. El alma tiene que liberarse del *samsāra* descubriendo finalmente la verdad, sólo entonces vendrá la liberación, la bienaventuranza, el *samadhi*. En la fe cristiana, la resurrección es símbolo de purificación, la reencarnación compartía ese punto, sólo que además se le añadía otro más esperanzador, una nueva oportunidad para enmendar los errores o consagrarlos.

¿Qué buscaba Rashid? ¿Atarme a él? ¿Por eso había raptado a mi Khaled? ¿Venganza? ¿Qué, en nombre del cielo?

—Eso no se sostiene, señor Jensen —masculló impaciente el inspector, pasándose la mano por el cabello—. No hace ni veinticuatro horas que llegaron a su casa, y ya cree que siente una atracción enfermiza por su mujer y que a consecuencia de eso ha secuestrado a su hijo. —Bufó exasperado—. Miren, no sé qué esconden, sólo sé que, si no me da una razón de peso para que sospeche en firme de este hombre, no puedo hacerlo.

Gunnar no replicó, aparentemente permanecía tranquilo y atento, sólo yo sabía que su interior era un caos de emociones retenidas a duras penas, como si vientos de distintas latitudes convergieran en un mismo punto, formando una incipiente tormenta que tarde o temprano estallaría sin piedad.

—No podrán salir de la propiedad hasta nueva orden, y más le vale que no vuelva a tocar al señor IbnSarîq, porque me obligará a actuar de oficio, ¿entendido?

Gunnar asintió con semblante inexpresivo.

Un ingente desfile de agentes uniformados entraban y salían de la casa, entre susurros y órdenes quedas. El último se dejó la puerta abierta; justo en ese momento una mole negra y extremadamente rápida surgió del pasillo de la cocina y se precipitó al exterior entre ladridos agudos.

Me incorporé como accionada por un resorte. A mi mente acudió la inquietud de *Thor* la noche anterior: ya antes de que yo llegara buscándolo, él parecía nervioso junto al acantilado.

Sin poder articular palabra, con el corazón atronando violentamente en mi pecho y una plegaria repetitiva flotando en mi mente, salí tras él a la carrera. Oí mi nombre, pero no me detuve.

Corría jadeante tras el animal, pero su silueta negra ganaba distancia; apreté los dientes y aceleré todo lo que pude. Me dolían los pechos, que, llenos, se sacudían pesados, enviándome punzadas lacerantes; la bata de seda se abrió y comenzó a escurrirse por mis hombros, estiré los brazos hacia atrás y dejé que el viento me la arrancara. Perdí una zapatilla, y me deshice apresuradamente de la otra agitando el pie.

Thor se dirigía hacia el mismo lugar.

Tras de mí, varios hombres corrían; supe de quién eran los pasos que me seguían más de cerca.

El animal esta vez no se detuvo en el borde del acantilado, se agachó y forcejeó bajo la cerca de madera; poco a poco comenzó a escurrirse entre el suelo y el tronco que aprisionaba su enorme mole. La fragante hierba, húmeda de rocío, le ayudó en su empresa. Justo cuando le daba alcance, el perro desapareció ante mis ojos.

—¡¡¡Thor!!! —grité presa de la angustia.

Me asomé resollando al acantilado, apoyé mis manos en el suave y pulido tronco de arce e, impertérrita, descubrí al animal deslizándose agachado descendiendo con sumo cuidado por un latera del barranco. No me lo pensé.

Franqueé la valla. Ya tanteaba con la punta de mis pies descalzos un punto de apoyo para descender el angosto sendero que había elegido el perro cuando unas fuertes manos me apresaron los brazos. Fui elevada como una ligera muñeca de trapo y estrechada contra un amplio pecho cálido y jadeante.

—Iré yo, ni se te ocurra seguirme —ordenó con voz estrangulada.

Observé la expresión determinada de Gunnar; sus ojos reflejaban la angustia que había sentido viéndome saltar la cerca.

Saltó el vallado y comenzó el descenso.

—¡Ten cuidado!

Alzó el rostro hacia mí; en el verdor brillante de su mirada vi la firmeza de un guerrero, la angustia de un padre y el amor de un esposo.

De todas las penurias vividas en otro siglo, lo que ahora devastaba mi interior no tenía parangón con nada de lo sentido. Jamás un terror tan primario me había asolado de aquella forma; mi presión arterial amenazaba con reventarme el corazón, las náuseas me azotaban inclementes, escalofríos violentos erizaban mi piel, se me había cerrado la garganta y un escalofriante cosquilleo me recorría la espina dorsal.

Con todos mis sentidos alerta, inclinada peligrosamente sobre el tronco del cercado, observaba a Gunnar aferrarse a piedras, a matojos, buscando puntos de apoyo seguros para avanzar.

Al instante, aparecieron varios policías y el inspector Berg.

—¡Joder, debía haber esperado! —exclamó el inspector. Tras aquel exabrupto, se dirigió a uno de los agentes—. ¡Que traigan de inmediato una cuerda!

El aludido corrió como alma que lleva el diablo.

—Es una temeridad, una locura, puede despeñarse por ese barranco. ¡Mierda!

Se quitó la chaqueta y la corbata con movimientos acelerados, mientras me observaba ceñudo.

—Será mejor que espere la cuerda —aconsejé en un mortecino hilo de voz.

—Siempre dando órdenes —masculló airado.

Lo miré sin entender sus palabras, no me conocía de nada. En su azul mirada brilló una extraña familiaridad, que me desconcertó aún más.

Ignorando mi consejo, atravesó la valla y estudió el terreno antes de aventurarse en el descenso. Cuando volvió a mirarme, se embebió de mi rostro con una expresión anhelante, algo de frustración, pero sobre todo con una firme decisión.

—Tranquila, lo traeré de vuelta, esta vez sí.

¿Esta vez sí? No me dio tiempo a replicar, descendió ladera abajo con bastante soltura.

Asomada a aquel barranco, sentí más angustia, inseguridad y temor que si bajara por él. Gunnar había desaparecido de mi vista, y el inspector Berg recorría con extremada precaución el mismo trayecto.

Mi mente sólo era capaz de procesar un ruego, con desesperante insistencia... «Por favor, por favor, Dios mío, devuélvemelos...» Y entonces mi mente traidora y

cruel trajo a mi memoria el recuerdo de las pesadillas de la noche anterior, sometiendo mi dolor a una tortura apenas soportable. La visión de las dos lápidas pesó como una losa sobre mí.

Gemí, me aferré a la valla, la vista se desdibujó, me mareé, las rodillas comenzaron a flaquear, mi estómago se convulsionó.

—Apártese, señora —ordenó una voz.

Cuando abrí los manos y me separé de la cerca, no me sostuve, caí de rodillas, hundí los hombros y sollocé, mientras el policía ataba una cuerda al tronco y lanzaba toda la longitud de la soga hacia el abismo.

Me dije a mí misma que tenía que ser fuerte, que todo saldría bien, que debía mantener la serenidad, pero la pesadilla estaba tan fresca en mi mente, tan vívidamente espeluznante, que me era imposible borrarla para recuperar el control.

No. Otra vez las pesadillas, aquello era más de lo que podía soportar.

—¡Vicky!

Elena se abalanzó sobre mí y me cobijó entre sus brazos. Lloramos juntas un dolor difícilmente soportable; en memoria del inmenso cariño que nos profesábamos, ambas olvidamos momentáneamente reclamos y preguntas, en honor a la amistad que compartíamos nos dimos consuelo mutuo.

—Lo encontrarán, amiga, lo sé, confía en ello, no puedes hundirte, no lo permitiré, ¿me oyes?

Se separó de mí, me secó las húmedas mejillas con el dorso de la mano y me acarició con infinita dulzura.

—Debo obligarme a pensar eso... o me volveré loca —admití trémula.

Elena asintió y forzó un amago de sonrisa.

—Hildur ha llegado, está prestando declaración al ayudante del inspector, el señor Jacobsen; asegura que su prima no durmió anoche en casa. Britta, Knute, Sven y Lisbet también están aquí, están... afectados por la noticia.

Ingrid, pensé, ¿era posible que ella...? Debía hablar con Hildur.

—Volvamos a la casa —sugirió Elena, ayudándome a levantarme.

Negué con la cabeza, no hasta que Gunnar regresara a mi lado.

A lo lejos oí el silbido monótono de las sirenas de los coches policiales. Rastreaban la zona.

De pronto, otro sonido se sumó a la batahola que flotaba por el valle resquebrajando su habitual armonía: un ladrido apagado, proveniente del fondo del barranco; seguidamente, un grito masculino y voces pidiendo ayuda.

Se me encogió el corazón.

Varios policías se inclinaron sobre la cerca, uno de ellos la cruzó y se deslizó por la cuerda.

Me precipité de nuevo sobre el cercado, desde otro punto, y me incliné desesperada por captar algún movimiento.

Una voz opacada gritó una frase que me heló la sangre, reconocí en ella al inspector.

—¡¡¡El señor Jensen se ha despeñado!!! ¡Necesitamos más efectivos, y una unidad de urgencias médicas! ¡Pidan un helicóptero de rescate, aprisa!

Sentí que la cabeza me daba vueltas, apoyé todo mi cuerpo sobre el tronco de arce

y, de puntillas, con el alma en vilo y el corazón sangrando, me asomé todo lo que pude. Un grito escapó de mi garganta:

—¡¡¡¡¡Guuuunnnnaarrrrr!!!!!!

Un crujido me sobresaltó; la cerca se desplazó, no me dio tiempo a recuperar el equilibrio y caí al vacío.

Grité presa de un terror que despertó cada terminación nerviosa apresando todos mi sentidos en una agonía sin igual.

Noooooooooooo... Mi garganta se cerró y una imagen me acompañó en la caída: Gunnar sosteniendo a mi bebé; no vi nada más... sólo negrura...

¿FIN?

LOS TRES NOMBRES DEL LOBO

CAPÍTULO 1 RETAZOS DEL PASADO

Relinchos de caballo, alaridos de dolor infrahumano, entrechocar de metales, demonios de pelo largo y ensangrentado despedazándose entre sí. Cuerpos mutilados, retorcidos, amontonados. Oscuridad rota por hebras rojizas, y una lluvia fina y persistente.

Podía sentir las gotas que me golpeaban la piel, al igual que sentía el terror que me paralizaba, me sobrecogía.

Tirada en un charco maloliente, aterida y sin aliento, miré en derredor.

De entre aquella caótica masa de guerreros enfurecidos, surgió una figura amenazadora que se aproximaba con calculada lentitud, mientras saboreaba el pavor de su presa y se deleitaba con aquel macabro preámbulo que precede al placer de matar.

Pude ver el gozo en sus crueles ojos y, por su peculiar brillo, adiviné que aquel prelude sería breve.

Mis sentidos, antes abotargados por el horror, despertaron a la vida con dolorosa agudeza. Iba a morir, y aquella certeza arrancó un grito de mi interior, un «no» tan desgarrador que me quemó la garganta sin haberse hecho voz. No podía morir, o debía morir.

Jadeante, intenté incorporarme. En mi desesperación por escapar di la espalda a mi verdugo. Un silbido escalofriante me persiguió e instintivamente me lancé de nuevo al lodo para esquivar, en el último momento, una estocada mortal. Giré la cabeza con rapidez, pero solo vi un guerrero abalanzarse sobre mí. El impacto me dejó sin respiración; no pude pensar en nada más, solo en las manos que me envolvían. Aquel rostro se acercó al mío y me susurró algo en un idioma extraño al tiempo que alzaba su puñal. No lo acercó a mi garganta; lo apoyó contra mi vientre. Al instante sentí la gélida hoja invadir mis entrañas; el dolor acudió envuelto en llamaradas devastadoras. Grité y grité, pero él no sacó el puñal; solo susurraba: susurraba y sonreía.

* * *

Mi propio grito me despertó y, como impulsada por un resorte, me incorporé de la cama. Un sudor frío perlaba mi frente. Me abracé en un intento por aplacar los temblores que me sacudían.

Aquella pesadilla había sido más vívida que las anteriores, más aterradora. De alguna forma, todavía sentía la piel manchada de barro y sangre, y un hormigueo en el

abdomen.

Me levanté y casi corrí a la ducha; el agua caliente no alivió el malestar. Cerré los ojos y acompasé la respiración; intenté relajarme pensando en cosas gratas que ahuyentaran el terror que todavía me ahogaba, pero de nada sirvió. La mente me traicionó: las minúsculas gotas que caían sobre mi cabeza se me antojaron una molesta lluvia fina. No tardé en oír un fragor belicoso, y el caos volvió a mí de alguna incomprensible manera. De nuevo vi aquel rostro siniestro y sórdido frente a mí, de nuevo aquella voz gutural susurrándome y aquel puñal en mi vientre entrando y saliendo de mi carne.

Aullé de dolor, supliqué con el alma desgarrada, pataleé, arañé y golpeé hasta que un estruendo me paralizó. Abrí los ojos: puntiagudos trozos de cristal de la maltrecha mampara me rodeaban los pies.

Aturdida y asustada, alcé las manos. El agua empujaba la sangre que brotaba de los numerosos cortes y formaba pequeñas hileras rojas que descendían sinuosas por mi cuerpo.

Temblorosa, salí de la ducha. Envolví las manos en una toalla y, como en trance, volví a la habitación. Me acurruqué en un sillón: debía esperar a que la hemorragia cesara. Mi mente era incapaz de racionalizar aquella experiencia, aquel delirio aterrador.

No podía dejar de tiritar.

Tardé un buen rato en darme cuenta de que lloraba y me mecía. ¿Qué me estaba pasando? ¡Había reanudado una pesadilla estando despierta! Aquello estaba llegando demasiado lejos. Mi vida se estaba derrumbando como un castillo de naipes. Nada era normal ya, ni siquiera yo misma.

Hacía cinco meses que las pesadillas habían aparecido, todas similares, cada una más real que la anterior. Había leído que, cuando un sueño se reitera, es signo de que el subconsciente trata de advertir algo. Eso me angustiaba, pues el único mensaje que lograba extraer era el de una muerte violenta.

La primera pesadilla surgió el mismo día que encontré por casualidad un anillo bastante peculiar. Estaba en mi buzón y, aunque obviamente no era para mí, no pude ubicar al propietario, ya que no adjuntaba ninguna nota. Por lo tanto, lo guardé en mi cómoda a la espera de que alguien lo reclamara. Aquella primera noche lo tuve entre mis manos, maravillada por la habilidad del artesano. Se trataba de dos serpientes entrelazadas con las cabezas enfrentadas y el realismo de los detalles resultaba sorprendente: minúsculas escamas, expresiones feroces en los rostros, bocas abiertas de dientes afilados y lenguas bífidas. Los ojos de una eran dos pequeñas esmeraldas refulgentes y, los de la otra, dos piedras ambarinas. Parecía muy antiguo y, dados mis conocimientos en historia del arte, podía datarlo perfectamente de la era vikinga: el emblema no dejaba lugar a dudas. Lógicamente se trataba de una imitación, porque, de otro modo, ¿quién podía ser tan inconsciente de meter una reliquia tan valiosa en un buzón? Lo giré entre los dedos para examinarlo, fascinada. Ejercía un magnetismo en mí. Tanto que, cuando decidí guardarlo en el cajón, me sorprendí incapaz de moverme. Tuve que apelar a toda mi voluntad para poder hacerlo. Y, aun así, miraba subrepticamente el mueble para descubrir un inquietante anhelo por volver a tocarlo.

Esa noche comenzó todo e incluso llegué a pensar que estaba maldito. Aquella

idea estuvo a punto de obligarme a deshacerme de él, pero un impulso mucho más fuerte me lo impidió. Además, mi pragmatismo se opuso a aquella absurda idea e instaló en mi mente que no, había sido la casualidad la que había hecho coincidir ambas apariciones.

Desenrollé la toalla y examiné los cortes: a excepción de uno bastante profundo, los demás, aunque numerosos, no pasaban de rasguños.

Fijé la mirada en el oscuro y tierno tajo que me cruzaba la palma de la mano derecha y una idea no menos oscura me ensombreció. Tal vez fuera un tumor lo que provocaba los sueños y las visiones. Era la única explicación razonable, aunque no la más tranquilizadora. Las lágrimas, apenas contenidas, afloraron con amargura y desesperación.

Iba a ser una noche muy larga en la que esperaba al alba con ansiosa impaciencia con el anhelo de que los tempranos rayos de sol imprimieran un destello a mi casi desaparecido optimismo habitual.

* * *

Llegaba con diez minutos de retraso a mi cita con Elena, aunque, cuando abrí la puerta de la cafetería, no temí encontrarme con un semblante contrariado; sabía que ella no estaría: su impuntualidad era ampliamente conocida.

Me senté en una mesa apartada y miré pensativa por el ventanal. Llovía. A mi alrededor oía comentarios respecto del tiempo; sin embargo, yo adoraba la lluvia, las tormentas, los días nublados y el viento. También me fascinaban la naturaleza, los parajes verdes, el mar. Anhelaba poder viajar por el mundo, vivir una vida bohemia y despreocupada allí donde quisiera, desligarme de lo material, de los compromisos, de la hipocresía, del tumulto de las ciudades, de la contaminación. Algo casi imposible.

—¡Jamás adivinarías lo que acaba de ocurrirme!

Elena me rodeó y ocupó la silla de enfrente. Una sonrisa radiante le iluminaba el semblante. Aquellos ojos avellana emitían un fulgor fácilmente reconocible.

—Acabas de conocer al hombre de tu vida —contesté.

Ella soltó una carcajada y meneó la cabeza.

Aquella esplendorosa cabellera roja reverberó bajo la luz y convirtió su melena en un halo cobrizo que atrajo más de una mirada masculina.

—Éste es el definitivo, lo sé —musitó soñadora.

—Siempre es el definitivo —repliqué con ironía.

—Esta vez estoy segura. Espera a conocerlo, te va a encantar. ¡Me mira de una forma que...! Aún tengo el corazón en la boca.

Observé atentamente su fascinada expresión e intenté sentir curiosidad; no obstante, me fue imposible. Estaba demasiado habituada a sus repentinos y breves encandilamientos. A pesar de eso, fingí interés.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

Miró el reloj. Esta vez fui yo quien soltó una carcajada.

—Tú y tus conquistas...

—Al menos yo intento encontrar a mi media naranja y puedo asegurarte que,

cuando eso suceda, no lo dejaré escapar. Hay gente que no valora lo que tiene.

—No quiero hablar de Alex.

Imprimí en la voz una clara advertencia que, como siempre, ignoró.

—Pero algún día tendrás que darle una respuesta. ¿O crees que va a esperarla toda la vida?

Álex; el dulce, gentil y paciente Álex. El muchacho que supo conquistarme con tierna perseverancia y almibarada tozudez. Jamás imaginé que aquel hombre de tímida sonrisa y audaz mirada resistiera tantas negativas, plantones y continuas inseguridades. Pero resistió. Llevábamos dos años comprometidos. Y, aunque lo quería, me mostraba reticente a fijar fecha para la boda. Ni yo misma sabía por qué. Era como si una voz interior me frenara, y lo peor era que aquella voz no era la mía.

Aquellas reservas habían comenzado con las pesadillas. No solo estaban trastocando mi vida: estaban cambiándome. Lo notaba en cada pensamiento, en cada predilección. Por las noches, en vez de encender la lámpara de mesa como acostumbraba, gustaba de iluminar la estancia con un par de velas para leer. Aquella titilante luz me reconfortaba.

Incluso mis preferencias en la ropa se habían modificado. Ya no me decantaba por un vestuario informal, desenfadado, actual. Prefería prendas largas, sobre todo faldas amplias. Apenas me maquillaba y estaba dejándome el pelo largo. Ya casi me llegaba a la cintura cuando nunca había crecido más allá de los hombros.

Un día me descubrí haciéndome una trenza que me coloqué de un extraño y complicado modo. Actuaba como si aquel rocambolesco peinado fuera la rutina de cada mañana. Mis dedos disponían con desenvoltura cada mechón y no vacilaban en sus movimientos. Tampoco reconocí el gesto satisfecho que me dirigí a mí misma en el espejo al terminar. Aquello me asustó tanto que a punto estuve de cortarme el pelo.

A menudo me observaba. Miraba mis ojos e intentaba penetrar en los confines de ese iris ámbar para buscar en mi interior una respuesta.

Yo, una persona realista, poco amiga de las supersticiones, fiel defensora de la ciencia y la razón, dejaba caer el escudo de la lógica para ceder ante suposiciones esotéricas.

—Siguen atormentándote, ¿verdad?

Elena me miró con pesar. Alargó una mano y cubrió la mía.

—Esto se me está yendo de las manos. —Mi voz sonó temblorosa.

Le conté la pesadilla y lo ocurrido en la ducha.

—Eso no es normal. Nadie tiene ese tipo de sueños estando despierto. Tal vez estás demasiado sugestionada.

—He pensado en hacer una consulta médica. Quizá el problema esté en mi cabeza.

La mirada de mi amiga se oscureció. Pude ver el temor en sus ojos. Sin embargo, ocultó la preocupación en una sonrisa traviesa.

—Yo, que tú, iría a un psiquiatra. No me extrañaría nada que estuvieras como una cabra —bromeó.

Bajé la mirada hacia la mano herida. Sentí una opresión en el pecho.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Era una broma. Vicky, eres la persona más cuerda que conozco.

—Lo que no es un gran consuelo.

Elena se pasó los dedos entre los revueltos rizos del cabello y fijó en mí su mirada.

—No te dejes vencer.

—Lo intento, de veras, pero a veces es tan difícil, tan aterrador.

Un camarero alto y bastante atractivo se acercó a nosotras.

—¿Algo para tomar?

Mi amiga sonrió seductora y observó con descaro el apuesto rostro del joven.

—Sí. A ti, totalmente desnudo, encima de una bandeja y rodeado de lechuga. Me gustan los platos decorados.

Solté una carcajada. El descaro de la respuesta había terminado por mandar al diablo mi remilgo inicial. Finalmente me había acostumbrado a sus pícaras maneras y, aunque alguna vez la sermoneaba, comprendí que era imposible hacerle sentar esa cabezota alocada e impulsiva.

El asombro del camarero dio paso a una sonrisa. Inclino la cabeza y replicó:

—Como desee. Pero ese plato se sirve en privado. Solo tiene que decirme cuándo y dónde lo quiere.

Elena me guiñó un ojo.

—¿Qué tal esta noche?

El hombre asintió con una sonrisa luminosa.

—Salgo a las diez.

—Estupendo.

Fingí escandalizarme y repuse divertida:

—Creí que habías conocido al «definitivo» hombre de tu vida.

—Sí —contestó—, pero todavía no hemos formalizado nada. Así que supongo que no le importará que me dé un capricho.

El joven rio complacido.

—¡Elena!

—¿Qué? ¿He dicho algo incorrecto?

—Olvídalo. Es inútil hacerte sentir un mínimo de pudor.

Frunció el ceño y arrugó la nariz.

—Sabes de sobra que nací sin eso. Creo que será mejor que nos vayamos. —Se dirigió hacia el muchacho y añadió—: Y tú, encanto, no olvides la lechuga.

* * *

Crucé por enésima vez las piernas y miré el cuadro de Monet que decoraba el recibidor de la clínica. Naturalmente no era el auténtico; sin embargo, estaba bastante logrado. Aquella primavera de flores de colores pastel me serenaba y, cada vez que mis pensamientos se tornaban funestos, buscaba con la mirada aquella espléndida mezcla de tonos que, por alguna extraña razón, imprimían en mí un optimismo refrescante.

Esperaba el resultado de las pruebas médicas a las que me había sometido días atrás. Cada minuto que pasaba sentada en aquel mullido sillón era una lucha continua por evitar salir corriendo.

Una voz seca y atonal puso fin a mi suplicio.

—Victoria Montalbán.

Me levanté y fui hasta la puerta que la enfermera había dejado entreabierta. Me detuve apenas en el umbral, tragué saliva e hice acopio de valor. Entré.

—Siéntese, por favor.

Observé con atención el ajado rostro del doctor, que leía los exámenes con rapidez, e intenté descifrar su expresión. Su faz, por fortuna, no reflejaba nada que pudiera alertarme. Por fin, levantó la mirada.

—Me alegra comunicarle que sus temores son del todo infundados.

Solté el aire contenido y sonreí.

—Entonces, ¿no hay nada raro en mi cerebro? ¿Nada que pueda producir alteraciones en el sueño, visiones?

—Nada físico. Tal vez el problema sea psíquico.

—¿Me aconseja, en ese caso, que acuda a un psiquiatra?

—Sería lo más conveniente. En ocasiones hay problemas emocionales que se manifiestan de esa forma.

—No tengo problemas, mi vida es bastante tranquila y segura. No he pasado por ningún tipo de crisis —repuse lacónica.

—Señorita, hay dificultades que se esconden en el subconsciente y que emergen a través de pesadillas, al parecer, dantescas y que muestran el conflicto emocional que se está sufriendo. Un buen profesional sabrá descifrarlas y, una vez resuelto el dilema, los sueños aterradores, con toda seguridad, desaparecerán.

Me dedicó una mirada paternalista y sonrió con despreocupación.

—Anímese. Es joven, guapa y está sana; ¿qué más puede pedir?

Una noche tranquila, pensé, y ahuyentar el terror que me producía ir a la cama. Me levanté y le estreché la mano.

—Agradezco sus consejos.

—Espero que, además de agradecerlos, también los siga.

—Lo haré.

Salí de la consulta algo más animada.

* * *

—¿Un psiquiatra? —inquirió Álex asombrado.

—Sí, es mi último recurso.

Frunció el entrecejo y me observó con atención.

—Creo que estás excediéndote. Todos tenemos pesadillas.

—No como las mías. Tú mejor que nadie deberías saber que me están destrozando.

—Estás muy afectada, cariño. Cada vez te sientes más tensa, más nerviosa; tal vez, si te relajaras, esos sueños desaparecerían.

—¿Y qué me aconsejas? —inquirí burlona—. ¿Un balneario o quizá un relajante y pacífico centro de salud mental?

Bajó la mirada y giró hacia la ventana. Permaneció en silencio, molesto por mi desdén.

—Lo siento, no debí hablarte así, sé que solo pretendes ayudarme. Últimamente me altero con facilidad. Me aterrorizan las noches, eso está destrozando mis nervios.

Me acerqué y me cobijé en sus brazos.

—Si ese psiquiatra puede ayudarte, adelante, yo mismo te acompañaré.

Me alzó el rostro entre las manos y clavó en mí sus tiernos ojos color zafiro.

—Te quiero, Victoria, no soporto verte así. Me siento tan impotente. Si pudiera serte de utilidad, yo...

—Hay algo que puedes hacer —sugerí.

Miré insinuante su boca y él sonrió.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me besó con dulzura y yo me dejé llevar. Por un delicioso momento, no pensé en nada que no fueran sus caricias, sus labios, sus ardientes susurros.

Entró en mí con ternura, con extrema delicadeza, y comenzó a moverse con languidez, como siempre hacía. Sin embargo, aquella suavidad que siempre me había deleitado, no satisfacía mi ansia. Me mostré audaz y lo urgí a mostrarse más apasionado. Sus ojos me miraron extrañados y encontraron en los míos una lujuria desconocida que lo desquició. Abandonó su mansedumbre para convertirse en la fiera que yo buscaba.

Me entregué al placer como nunca lo había hecho, gemí con delirio, enloquecí y lo enloquecí a él.

Mis dedos buscaron una larga melena en la que enredarse, pero hallaron tan solo un cabello corto. Busqué unos ojos verdes, flamígeros, salvajes, y hallé una mirada azul, entregada, enamorada y un tanto sorprendida. El placer se mezcló con la confusión; sin embargo, mi cuerpo gobernaba mi razón para exigir más y más.

Mi delirio crecía.

Llegó el clímax rodeado de jadeos entrecortados; nuestras bocas se fundieron mientras nuestros cuerpos todavía temblaban sacudidos por el éxtasis vivido.

—Oh, Gunnar...

—¿Gunnar? —inquirió Álex. ¿Qué demonios significa eso?

—¿Qu... qué? —balbuceé.

—Acabas de pronunciar esa palabra.

—Yo... no sé qué significa.

—¿Cómo puedes decir algo sin saber qué es?

—¡No lo sé! —repliqué aturdida—. Te juro que ni yo misma sé por qué lo he dicho.

Álex se separó de mí; aparentaba estar más ofendido que asombrado.

—Parecía un nombre. Un nombre extraño en un idioma extraño. Todo ha sido muy raro, nunca te habías comportado así. He tenido la impresión de estar haciendo el amor con otra persona.

—Tal vez ha sido así —musité con pesadumbre.

Frunció el entrecejo. Contrariado, me observó con detenimiento intentando descifrar el enigma de mi comportamiento.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué te está pasando?

—Eso es lo que intento averiguar. Es como si me estuviera transformando en otra persona o como si alguien entrara en mí. Yo misma me sorprendo haciendo con una desenvoltura apabullante cosas que nunca antes había hecho. Hasta me asusta mirarme al espejo, tengo miedo de descubrir qué hay detrás de mis ojos o, mejor, quién hay.

Se pasó las manos por la cabeza; aquello era demasiado para él, para su inquebrantable lógica.

—Eso es una locura, no atiende a razones, no es normal. No tiene sentido, es imposible que te esté sucediendo.

—Pues está pasando y está acabando conmigo. Acéptalo, es inútil negar la evidencia. Mañana mismo pediré cita con el psiquiatra. ¿Sigues queriendo acompañarme?

—Por supuesto, ahora más que nunca.

* * *

Por segunda vez en una semana, oí mi nombre en boca de una insulsa enfermera.

Álex me tomó la mano. Sus ojos me transmitieron confianza. Hice una mueca parecida a una sonrisa y tragué saliva.

Entramos en una consulta con un inconfundible toque masculino, elegante y sobria, decorada con sillones de piel, paredes forradas de madera y numerosos títulos enmarcados. No me resultó un sitio propicio para abrir las emociones.

El doctor Valmoral era una eminencia. Su prestigio había traspasado fronteras y, en numerosas ocasiones, era solicitada su opinión en otros países. Había sido un verdadero golpe de suerte encontrarlo y que me atendiera tan pronto. Al parecer, en el último momento uno de sus pacientes había cancelado una cita.

Al verlo, comprendí que no necesitaba crear un ambiente familiar y cómodo para hacer sentir bien a sus pacientes. Era de esa clase de personas a la que se les podía confiar cualquier secreto, cualquier preocupación. Desprendía tal aura de sabiduría que daba la impresión de tener la solución a todos los problemas.

—Siéntense, por favor.

Su voz no hacía más que incrementar aquella grata impresión de estar con alguien familiar. Era cálida y envolvente, con una extraña musicalidad que invitaba a relajarse.

Era un hombre menudo, de unos cincuenta años, delgado, de rostro vivaz y alegre sonrisa. Carecía de pelo, aunque daba la impresión de haber sido rubio. Lo único destacable de su físico eran unos luminosos ojos celestes que miraban con dulzura.

Llevaba unas gafas cuadradas y pequeñas que se deslizaban ligeramente sobre su nariz y dejaban su vista sin el amparo de las lentes, lo que hacía pensar que realmente no las necesitaba.

Me miró con detenimiento. Pareció querer indagar en mi alma, como buscando el problema que me atormentaba.

—¿Puedo tutearla, señorita? —preguntó.

—Sí, en realidad, lo prefiero.

—Estupendo, me es más fácil conversar sin tantos tratamientos inútiles que más bien impiden un acercamiento, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo, doctor.

—Supongo que esperas que te pregunte por tus inquietudes; sin embargo, antes de conocer tu problema, preferiría hacerte unas cuantas preguntas, si no te importa, por supuesto.

—Adelante, no tengo inconveniente.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un magnetófono.

—No te cohíbas por este artilugio, podría tomar notas, pero no hay nada más revelador que la voz. No temas, nada de lo que digas saldrá de esta habitación, estás protegida por el secreto profesional. ¿Qué edad tienes?

—Veintinueve.

—¿Vives con tus padres?

—No.

—¿Cuánto hace que te independizaste y por qué?

—Hace tres años, me ofrecieron un trabajo aquí en Toledo y tuve que trasladarme. Mi familia está en León.

—¿A qué te dedicas, Victoria?

—Soy restauradora de antigüedades. Ahora estoy trabajando en la catedral.

—¿Qué es exactamente lo que haces?

—Abarcamos todos los campos, desde sellar fisuras en las piedras hasta resucitar pinturas del románico.

—¿Es lo que siempre has querido hacer?

—Sí.

—¿Cuál es la relación actual con tus padres?

—Ellos murieron en un accidente de coche cuando yo tenía cinco años. Mi tía Rosa se hizo cargo de mí. Soy hija única. Es la mejor madre que he podido tener.

—¿Tu tía tiene hijos?

—Dos: mi prima Ana y mi primo Dani.

—¿Alguna vez te has sentido desplazada?

—Nunca; al contrario, he recibido más atenciones. Siempre me sentí querida.

—¿Estás involucrada sentimentalmente con alguien?

—Sí, estoy comprometida con Álex.

—Felicitaciones, Álex.

Sonrió y me tomó la mano.

—Gracias. Soy un hombre afortunado —contestó.

—Una última pregunta, Victoria: ¿has sido alguna vez traicionada por alguien querido, una amiga, algún hombre?

—No, nunca.

El doctor Valmoral se quitó las gafas y las frotó con un pañuelo que sacó de un bolsillo del chaleco.

—Parecería que el problema no está en la superficie. Probablemente tu subconsciente lo ha enterrado tan bien que la memoria no lo tiene almacenado. Hay personas que pasan por cosas terribles, tan traumáticas que la mente opta por borrarlas. Es un mecanismo de defensa: una forma de seguir adelante sin huellas, sin recuerdos. Una magnífica manera de comenzar de nuevo, si no fuera por un pequeño error. Tarde o temprano aquella cosa horrible se manifestará de una manera extraña; luchará por salir a la luz y se valdrá de curiosas estratagemas. Y es que los problemas no deben ocultarse, hay que enfrentarlos por mucho que duelan, solo así desaparecen.

Hizo una pausa y se puso las gafas.

—Victoria, dime cuál ha sido el primer síntoma de este fatídico resurgimiento.

—Unas pesadillas.

Se lo conté todo con detalle. No podía dejar de hablar y, a medida que lo hacía, crecía mi ansiedad, mi miedo. Acabé con una súplica, con un ruego desesperado.

Fue entonces cuando fui consciente de que me encontraba al límite, que no podría aguantar mucho más sin perder la cordura.

También Álex comprendió la gravedad de mi estado. Lo noté tenso. La preocupación oscurecía su semblante.

Tras mi relato, el doctor guardó silencio. Tenía el ceño fruncido y parecía reflexionar. No pude esperar más una respuesta y pregunté:

—¿Podrá ayudarme?

—Las pesadillas son el medio por excelencia para la manifestación de problemas emocionales. Sin embargo, el contenido me desconcierta. Parecen premonitorias, pero llevas meses sufriendolas y nada te ha ocurrido. Por lo general, las premoniciones son a corto plazo; advierten de un peligro inmediato. Por lo tanto, habremos de desechar esa idea. La otra alternativa es pensar que, a través de escenas dantescas, emerge una culpa tan dolorosa que deseas un castigo. Intentas autocastigarte por algo que crees haber hecho. No obstante, hay algo que desmorona esa teoría: tu cambio gradual de personalidad. Han variado tus gustos, te sorprendes haciendo cosas que no deberías saber hacer. Esa mención al extraño peinado, la forma en que te vistes, todo eso me confunde. Y, desde luego, ese nombre que pronunciaste. ¿Cómo era? ¿Gunnar?

Asentí.

—Investigaré acerca del origen de un nombre así, me suena escandinavo. Todo ese cúmulo de circunstancias me lleva a pensar en una posible respuesta, aunque no una solución.

—¿Qué piensa que me sucede? —inquirí temblorosa.

El doctor se levantó y se acercó a una biblioteca empotrada en la pared. Permaneció allí buscando un volumen en particular. Chasqueó la lengua cuando lo encontró y lo abrió por la mitad. Pasó unas cuantas páginas y por fin se sentó de nuevo sin dejar de leer con atención.

—Tu caso no es muy común; a decir verdad, pueden contarse con los dedos de una mano, pero hay precedentes que tal vez puedan ayudarnos. Es un tema que siempre me ha fascinado. Y he intervenido en alguna que otra sesión, por eso puedo contar con especialistas en el tema. Tal vez haya sido el destino, pero has acudido al hombre indicado.

—Doctor... —urgí.

—No te impacientes. Creo, sin temor a equivocarme, que el motivo de esas pesadillas y de tu comportamiento se debe a un resurgimiento, como ya te indiqué, pero no de un trauma, sino de otra vida. Una vida anterior que, por alguna razón, está invadiendo tu presente. Tenemos que dar con esa razón.

—¿Una vida anterior? ¿De qué está hablando? —repuso Álex contrariado.

—Sé que es difícil de creer, pero confía en mí. He visto algunos casos realmente extraordinarios. Personas que, mediante una hipnosis regresiva, han hablado hebreo, castellano antiguo, toda clase de lenguas muertas. Personas corrientes, con vidas corrientes. He escuchado historias increíbles que historiadores célebres han corroborado. Y créeme si te digo que la mayoría de esas personas no tenían modo de saber cosas tan concretas de la historia sin haber vivido en la época en cuestión. No es

algo común. Yo tampoco creía en la reencarnación; no creí hasta que presencié una de aquellas sesiones. Desde entonces, me interesé por el tema, lo estudié a fondo y puedo decirte que incluso ha cambiado mi vida, mi forma de ver las cosas, mi filosofía. Ahora comprendo cosas que antes no entendía. Jamás creí en la justicia divina. ¿Cómo iba a creer en ella cuando personas mezquinas recibían lo mejor de la vida, mientras que gente de buen corazón era víctima de continuos mazazos? Párate a pensar un instante. La Iglesia nos dice que la recompensa a nuestras acciones está en el cielo. Pero ¿qué sentido tiene que un hombre bueno sufra? ¿Por qué no se lo recompensa en vida por cada acción? De esa manera, todos veríamos que hacer el bien tiene un sentido, una gratificación. Eso incitaría a los demás y finalmente se erradicaría la maldad. En cambio, no es así. La gente no cree realmente en una recompensa divina, y nadie ha vuelto de la muerte para asegurarnos que existe el cielo de los bienaventurados. No, mis queridos amigos. No tiene ningún sentido. Sin embargo, la teoría de la reencarnación sí justifica la injusticia. Se basa en la purificación de uno mismo a través de una serie de vidas hasta convertirnos en seres supremos. Si en una vida hemos sido asesinos, en la otra seremos víctimas. De ese modo, y sabiendo que en la siguiente reencarnación recibiremos lo sembrado en la anterior, nuestra conducta será diferente. Nosotros somos los dueños de nuestro propio destino.

Otra vida, pensé; otra vida. Parecía increíble, algo descabellado, pero no imposible. Todo encajaba. Alguna vez había leído algo sobre el tema; me había parecido interesante, pero ni por un instante imaginé que podría descubrir en carne propia la veracidad de esa filosofía.

Y ahí estaba, sentada frente a un prestigioso psiquiatra que hablaba con pasión sobre otra vida. Una vida que estaba intentando decirme algo, pero ¿qué?

—¿Por qué esa otra vida intenta regresar? —inquirí.

—Tal vez porque dejaste algo por hacer, un cabo suelto, y es quizá en esta nueva vida en la que has de atarlo. Por lo general, nuestras vidas pasadas están enterradas en nuestro subconsciente. Muchas personas han tenido la sensación de estar en un lugar que nunca habían visitado. O les parece familiar cierto objeto o cierta vestimenta. También ocurre con nuestras preferencias. Hay personas que nos caen mejor sin saber el motivo o, incluso, sin conocerlas, tienen un algo que nos agrada. También puede pasar a la inversa: podemos detestar a individuos sin ninguna razón. Solemos llamar «manías» a ciertos rechazos; por ejemplo, hay quien padece hidrofobia o claustrofobia. Todas las fobias tienen un motivo y, si no está en esta vida, tened por seguro que está en la anterior. Hace unos años, en Inglaterra, descubrimos que la claustrofobia de una granjera que vivía en el condado de York provenía de que, en una vida anterior, su marido la había emparedado en el salón de una de sus mansiones. Aquello había ocurrido en el año 1725 en Francia. La mujer dio nombres, narró con detalle la situación del país en aquel momento, explicó con amargura lo desdichada que se sentía por haber descubierto a su esposo en brazos de otra mujer, incluso describió la decoración del mencionado salón y la vida que llevaba, todo ello en francés, y puedo aseguraros que era semianalfabeta. Por lo tanto, Victoria, dispondré todo para una sesión de hipnosis regresiva, ¿te parece bien?

—Si eso me ayuda, no tengo inconveniente —respondí. El doctor llevó de nuevo

el libro a la biblioteca y regresó al sillón. Parecía inmerso en sus pensamientos. Al cabo de un rato, habló de nuevo, su voz era apagada y translucía gravedad.

—Antes que nada, es mi deber aclarar que nunca he visto un caso de estas características.

—¡Pero si acaba de decir que...! —interrumpió Álex.

—Repito: de estas características —continuó, un tanto molesto—. Me refiero a que es la primera vez que la persona en cuestión se deja arrastrar de manera tan contundente por sus antiguas costumbres. Tengo la sensación de que tu otro yo quiere tomar posesión de manera definitiva. No va a utilizarte para sus fines, quiere transformarse en ti, robarte el presente. He de suponer que es de vital importancia lo que debe hacer.

Hizo una pausa.

—Quiero decir con esto que no hay garantía alguna sobre el resultado. No sé si ayudará el conocer esa vida anterior. Existe la posibilidad de que el pasado prevalezca sobre el presente. Ahora necesito saber si estás dispuesta a correr ese riesgo.

—Tal vez no merezca la pena —opinó Álex.

Lo miré. Vi temor en sus ojos. O quizá era el reflejo del miedo de los míos. Pensar que podía dejar de ser yo, que desaparecería para convertirme en un fantasma del pasado, hacía que se me secara la garganta. Era como dejar de existir. Era como dejar que un espíritu me arrebatara el cuerpo. ¿O éramos el mismo espíritu con recuerdos distintos?

Aquello era demasiado para mí. Sin embargo, debía arriesgarme, pues estaba segura de acabar enloqueciendo si las pesadillas no cesaban. Ya ni siquiera hacía falta estar dormida para vivirlas, me acechaban incluso al despertarme. No solo la noche era mi enemiga, ahora también el amanecer. ¿Y después?

—Estoy decidida, doctor. No tengo otra opción.

—Piénsalo bien. No quiero que te arrepientas.

—No, ya lo he pensado. Sea lo que sea, sé que es mi destino.

Lo dije con seguridad, lo que no impidió sentirme al borde de un precipicio. Busqué la mano de Álex y me aferré a ella. Necesitaba un poco de estabilidad antes de tirarme al vacío.

—Bien, he de consultar el caso con algunos colegas, pero con toda seguridad la sesión no pasará de esta semana. Ya te avisaré. Intenta no preocuparte, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque aquello sería imposible.

Salimos de la consulta aturridos y asustados. Me sentía como un enfermo en la fase terminal.

* * *

Sostuve el teléfono en la mano, incapaz de colgarlo; los latidos de mi corazón se mezclaban con el tono que manaba aburrido del auricular. Inmersa en mil pensamientos confusos, sentí una acuciante necesidad de despedida. Al día siguiente sería la sesión de hipnosis.

Pensé en Álex, en Elena, en los amigos, en mi familia y por un instante decidí no arriesgarme.

No obstante, aquel endemoniado sentido común que me caracterizaba barrió la duda con la fuerza de un huracán para sembrar en mí una esperanza débil, pero reconfortante.

Colgué el auricular y miré a mi alrededor.

Vi ilusiones, alegrías, paz, confianza, amistad, risas, también preocupaciones, pero sobre todo satisfacción. Esos tres años que había estado en Toledo habían sido dichosos, productivos. Me enorgullecía mi independencia. Me había labrado un futuro, una vida segura y estable. Había cumplido los objetivos que me había trazado. Había conseguido realizarme con éxito. En resumen, me sentía afortunada.

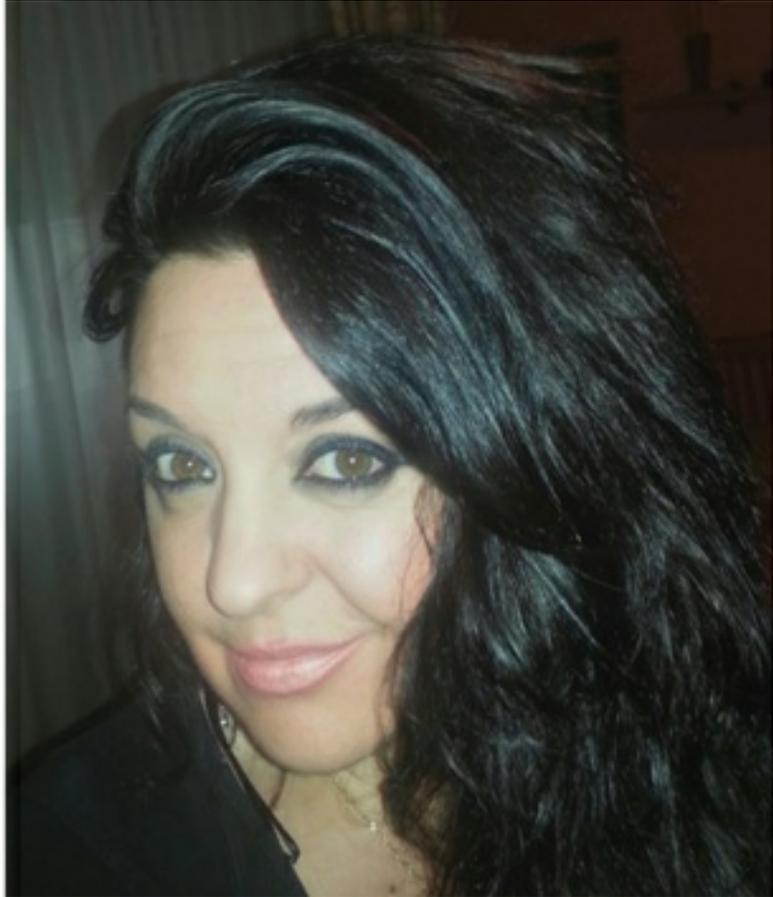
Ahora que todo eso se veía amenazado, no permitiría que se esfumara. Sin embargo, y siendo por completo sincera conmigo misma, debía reconocer que, a pesar de todo, siempre me había acompañado un halo de tristeza. Una tristeza que achaqué a la muerte prematura de mis padres. Comprendí que la determinación de triunfar en mis metas no era más que la esperanza de alejar de mí esa apatía extraña y oscura.

Asombrosamente descubrí que me había sentido sola a pesar del cariño, del apoyo, de la fortuna. Y, tal vez, por mucho que lograra triunfar en la vida, por mucho que llegara a conseguir, jamás sería del todo feliz.

Era como si me faltara algo, como si mi vida estuviera incompleta. Cada vez estaba más segura de que la clave podía estar en mi otra vida.

Y, por primera vez, empecé a creer que quizá las pesadillas me estaban ayudando, que eran parte de mi destino. Porque, ¿de qué valían los éxitos, la seguridad, la satisfacción, si no ayudaban a alcanzar la auténtica felicidad?

Ésa era la verdadera meta: la felicidad plena y absoluta. Y yo la deseaba por encima de todo. Haría lo que fuera con tal de conseguirla, barrería cualquier obstáculo por muy intrincado que fuera o, por muy lejos que estuviera, viajaría hasta el fin del mundo o hasta la más ignota de mis vidas. Cualquier cosa con tal de transformar el gris de mi existencia en un arcoíris de colores. Ya era hora de que mi corazón comenzara a latir y tenía la certeza de que mi vida aparentemente perfecta iba a cambiar. No podía ser de otro modo. [*]



Lola P. Nieva nació en Albacete, está felizmente casada y tiene dos hijos. Estudió Administración de Empresas y trabajó como funcionaria del Ayuntamiento de su ciudad. Algunas de sus aficiones son la historia, la lectura, pintar al óleo y escribir. Ya desde muy joven la necesidad de escribir y de liberar la multitud de historias que surgían de su cabeza era tan acuciante como la de devorar libros de géneros diversos. No obstante, terminó de atraparla la novela romántica. Sus autoras favoritas son Diana Gabaldon, Monica McCarty y Julie Garwood. También le fascinan las novelas de Matilde Asensi y su gran maestro, Ken Follet.

Encontrarás más información de la autora y su obra en entremusas.wordpress.com

El despertar del lobo

Lola P. Nieva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Lola P. Nieva, 2014

© del fragmento de la obra *Los tres nombres del lobo*, Lola P. Nieva, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13721-4

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com